

XXXI. XXXIV-XXXVI.

Benvenuto Cellini Fiorentino, 1558-1562.

“Vita.”, di 1728.

“Vida”, traducción y prólogo de
Valentí Gómez Oliver, 1998.

Libro de Bolsillo/Literatura.

Alianza Editorial.

Madrid, 2006.

Benvenuto Cellini
Vida



Literatura
Alianza Editorial

Vida

Literatura

Benvenuto Cellini

Vida

Traducción y prólogo
de Valentí Gómez Oliver



El libro de bolsillo
Literatura
Alianza Editorial

TÍTULO ORIGINAL: *La vita di Benvenuto Cellini Fiorentino*

Diseño de cubierta: Ángel Uriarte

Ilustración: Benvenuto Cellini: *Perseo y Medusa*. Loggia dei Lanzi.
Florencia

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Valentí Gómez Oliver, 1998, por la traducción y prólogo, cedidos por Círculo de Lectores, S. A. (Sociedad Unipersonal)

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2006

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid;
teléf. 91 393 88 88

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 84-206-5832-4

Depósito legal: M-14.515-2006

Composición: Grupo Anaya

Impreso en Fernández Ciudad, S. L.

Coto de Doñana, 10. 28320 Pinto (Madrid)

Printed in Spain

Prólogo

Benvenuto Cellini, hombre de contrastes

Mencionada en la edición definitiva de las *Vite* de Giorgio Vasari del año 1568, la *Vida* de Benvenuto Cellini, en parte escrita por su propia mano y en parte por dos escribanos distintos, fue iniciada por el genial artista en el año 1558 e interrumpida en el año 1567. Pero no fue hasta 1728 cuando el médico y literato A. Cocchi publicó la *Vida de Benvenuto Cellini, orfebre y escultor florentino, escrita por él mismo, en la cual se habla de muchas particularidades curiosas relacionadas con las artes y con la historia de su tiempo, obtenida de un óptimo manuscrito*, en la ciudad de Nápoles, si bien aparece editada en Colonia y con la fecha de publicación omitida, a causa de las precauciones del autor que la editó con numerosas alteraciones. Las reacciones fueron más bien escasas. Hubo que esperar a que un atento lector de la introducción de A. Cocchi, Giuseppe Baretti, hablara favorablemente del libro en la revista *La Frusta Letteraria* (1763-1764), para que empezara a divulgarse la fama de Cellini.

Cuando el propio Cellini había escrito la primera parte y había mandado el manuscrito al estudioso Benedetto Varchi

algunos anillitos de aquéllos; pero los hacía con acero bien templado. Después los esculpía bien e incrustaba de oro, y resultaban de un aspecto espléndido; hasta el punto de que de uno de aquellos anillitos, ejecutado por mí solo, conseguí más de cuarenta escudos. Se llevaban en aquel tiempo unas medallitas de oro, que a cada señor y gentilhombre le gustaba que esculpieran en ellas algún capricho o empresa, llevándolas en el gorro. Yo realicé bastantes obras de este tipo, y eran muy difíciles de hacer. Y como el excelente hombre de quien he hablado, llamado Caradosso, hizo algunas por las que pedía, por tener más de una figura, no menos de cien escudos por cada una; y resultando que no tanto debido al precio, sino a cuanto tardaba él en realizarlas, me llevaron delante de ciertos señores para los cuales realicé, entre otras, una medalla que competía con las que realizaba aquel excelente hombre, en la cual había cuatro figuras que me habían costado una fatiga enorme. Ocurrió que los mencionados gentilhombres y señores la pusieron junto a la del maravilloso Caradosso; y dijeron que la mía estaba mejor realizada y era más bella y que les pidiera lo que quisiera por mi trabajo, puesto que como yo con el mío les había satisfecho tanto, ellos querían satisfacerme otro tanto. Pero yo les dije que el mayor precio para mis esfuerzos y lo que yo más anhelaba era poder igualar las obras de un hombre tan extraordinario y que, si sus señorías así lo juzgaban, yo me consideraría con ello pagadísimo. Pronunciado esto, me fui; y acto seguido ellos me mandaron un regalo tan generoso que yo estuve muy contento, y creció tanto en mí el ánimo de hacerlo bien, que originó lo que más adelante se oirá.

XXXII

Si ahora me aparto un poco de mi profesión, queriendo relatar algunos desagradables incidentes acaecidos durante mi

accidentada vida, es debido al haber narrado antes lo de la virtuosa compañía y las cosas agradables ocurridas por causa de aquella mujer de quien he hablado antes, Pantasilea. Ella, que sentía por mí aquel falso y enojoso amor, indignada enormemente conmigo por aquella diversión en la que había intervenido el español Diego, en la referida cena, había jurado vengarse de mí, y de ello nació una ocasión, que descubriré, en la que mi vida corrió un peligro grandísimo. Y esto fue que viniendo a Roma un jovencito llamado Luis Pulci, hijo de uno de los Pulci a quien fue cortada la cabeza por haber practicado el incesto, el mencionado joven tenía un fabuloso ingenio poético y conocimiento de buenas letras latinas; escribía bien; era de hermosura y porte extraordinariamente hermoso. Había servido a no sé qué obispo y estaba lleno del mal francés. Y cuando aquel joven se hallaba en Florencia, como durante las noches de verano en algunos lugares de la ciudad se hacían reuniones en las mismas calles, él acudía allí y entre los que mejor lo hacían, cantaba improvisando; era tan agradable oír su canto que el divino Miguel Ángel Buonarroti, excelentísimo escultor y pintor, siempre que se enteraba de dónde cantaba aquel joven lo iba a oír con grandísima afición y deleite; y un tal llamado *el Piloto*, hombre de coraje, orfebre, y yo, le acompañábamos. De esta manera nos conocimos Luis Pulci y yo; de modo que pasados muchos años se me presentó en Roma reducido en aquellas condiciones, rogándome que por el amor de Dios lo ayudase. Movido a compasión por su gran virtud, por amor de la patria y por ser propio de mi naturaleza, lo recogí en casa y lo hice medicar de manera que, por ser joven todavía, pronto recuperó su salud. Mientras se preocupaba de curarse, estudiaba continuamente; y yo, según mis posibilidades, lo ayudaba a disponer de muchos libros; de manera que reconociendo Luis el gran beneficio recibido de mí, me lo agradecía repetidas veces con palabras y con lágrimas, diciéndome que si alguna vez Dios le procuraba una ventura,

me recompensaría por el bien que le había proporcionado. A lo que le contesté que no había hecho por él todo lo que hubiera querido, sino todo lo que había podido; y que el deber de las criaturas humanas era socorrerse unas a otras. Únicamente le decía que el beneficio que yo le había hecho lo devolviera a otro que tuviera necesidad de él, tal como él tuvo necesidad de mí; y que me quisiera como a un amigo, y por tal me tuviera. Empezó aquel joven a frecuentar la corte de Roma, en la cual enseguida halló acomodo, y se instaló con un obispo, hombre de ochenta años, que era llamado el obispo Gurgensis. Este obispo tenía un sobrino que se llamaba señor Juan: era un caballero veneciano. Este caballero Juan demostraba estar muy enamorado de las virtudes del mencionado Luis Pulci, y bajo el pretexto de sus virtudes se había hecho tan íntimo suyo que parecía ser su otro yo. Como Luis había hablado con dicho señor Juan de la gran consideración que él sentía por mí, resultó que el mencionado señor Juan quiso conocerme. Y ocurrió que una de aquellas noches, en la que yo había preparado una invitación para la referida Pantasilea, y había invitado a cenar a muchos amigos míos artistas, cuando íbamos a sentarnos a la mesa se presentaron el mencionado señor Juan y Luis Pulci, y tras efectuar los cumplidos de ritual se quedaron a cenar con nosotros. Cuando la descarada meretriz vio al hermoso joven, enseguida le puso la vista encima; por lo que una vez terminada la agradable cena, yo llamé aparte al mencionado Luis Pulci diciéndole que, en vista de la consideración que había declarado sentir por mí, no intentase tener relaciones con aquella meretriz. A lo cual él me contestó:

—¡Ay de mí, Benvenuto querido! ¿Me consideráis un insensato?

A lo que yo dije:

—No os considero insensato, pero sí joven. —Y por Dios le juré que ella no significaba nada para mí—: Pero en cuanto a vos, me dolería que por ella os rompierais la crisma.

Ante estas palabras él juró que le pedía a Dios que si alguna vez le hablaba, enseguida se rompiera la crisma. Debió de hacer aquel pobre joven tal juramento a Dios con todo el corazón, porque se rompió la crisma, como más adelante se dirá. El mencionado señor Juan descubrió que su amor era vicioso y no virtuoso, porque se le veía cada día cambiar ropas de terciopelo y seda; y se reconocía que se había entregado todo a la maldad y había prohibido sus bellas y admirables virtudes; y fingía que no me veía ni me reconocía, porque yo lo había reprendido, diciéndole que se había entregado al vicio de la homosexualidad, el cual le haría romperse la crisma, como dije antes.

XXXIII

Aquel señor Juan le había comprado un caballo morcillo bellísimo, en el cual se había gastado ciento cincuenta escudos. Aquel caballo se adiestraba maravillosamente, de manera que Luis cada día iba a trotar con el caballo alrededor de la meretriz Pantasilea. Yo, enterado de tal cosa, no me preocupé, pues me decía que cada cosa se desarrollaba de acuerdo con su naturaleza; y me dedicaba a mis estudios. Sucedió un domingo por la tarde que aquel escultor sienés, Miguel Ángel, nos invitó a cenar. Era verano. En aquella cena estaba el mencionado Bachiacca, y con él había llevado a la mencionada Pantasilea, su primera amante. Estábamos cenando a la mesa. Ella estaba sentada entre Bachiacca y yo; en lo mejor de la cena, ella se levantó de la mesa diciendo que tenía que ir al servicio y que regresaría de inmediato. Mientras nosotros hablábamos y cenábamos razonablemente, ella se entretenía mucho más de lo debido. Ocurrió que, aplicando el oído, me pareció oír algunas risitas apenas perceptibles en la calle. Yo llevaba un cuchillo en la mano, que utilizaba cuando comía en la mesa. La ventana estaba tan cerca de la

mesa que, levantándose un poco, vi en la calle al mencionado Luis Pulci, junto a Pantasilea, y oí cómo Luis decía:

—¡Ah, pobres de nosotros, si aquel diablo de Benvenuto nos viera!

Y ella dijo:

—No tengas miedo; escucha el ruido que están armando; piensan en otras cosas y no en nosotros.

Al oír aquellas palabras, yo, que los había reconocido, salté a la calle por la ventana, agarré a Luis por la capa y con el cuchillo que llevaba en la mano estuve a punto de matarlo; pero como él iba montado en un caballito blanco, lo espoleó y salvó su vida, dejando su capa en mi mano. Pantasilea corrió a refugiarse a una iglesia cercana. Los que estaban a la mesa se levantaron enseguida y se me acercaron, rogándome que no me preocupara ni los inquietara a ellos por culpa de una puta. Yo les contesté que por ella no me habría inmutado, pero sí por aquel malvado joven que demostraba quererme tan poco; y no me dejé conmovir por ninguna de las palabras de aquellos artistas hombres de bien; por el contrario, cogí mi espada y me fui solo a Prati, porque la casa donde cenábamos estaba cerca de la puerta de Castello, que llevaba a Prati. Yendo, pues, hacia Prati, no pasó mucho tiempo antes de que se pusiera el sol. Después regresé a paso lento a Roma. Se había hecho de noche y oscurecido, y las puertas de Roma no se cerraban. Transcurridas dos horas después de la puesta del sol, pasé por la casa de Pantasilea con el ánimo de, si estaba allí Luis Pulci, darles un disgusto a los dos. Habiendo visto y comprobado que en aquella casa sólo había una pobre sirvienta llamada Canida, fui a dejar la capa y la vaina de la espada, y me dirigí a la mencionada casa que estaba detrás de Banchi, a orillas del Tíber. Frente a aquella casa estaba el jardín de un mesonero que se llamaba Rómulo; el jardín estaba cercado por un espeso seto de espinos, en el que me escondí sin agacharme, esperando que aquella mujer regresara a casa con Luis. Al poco rato se pre-

sentó mi amigo Bachiacca, a quien se lo habían dicho o tal vez se lo había imaginado. En voz baja me llamó compadre (que así nos llamábamos en plan de broma), y me rogó por el amor de Dios, casi llorando, con estas palabras:

—Compadre, yo os ruego que no lastiméis a aquella pobre cilla, porque ella no tiene culpa alguna.

A lo que yo dije:

—Si al oír mi primera palabra no os vais de aquí, os daré con esta espada en la cabeza.

Mi pobre compadre se quedó atemorizado; enseguida tuvo ganas de descargar el vientre, y un poco apartado pudo hacerlo, pues tuvo que obedecerle. El cielo estaba tan estrellado que relucía un resplandor grandísimo; de pronto oí un rumor de muchos caballos que venían de varios lados. Se trataba del mencionado Luis y Pantasilea, acompañados por un tal señor perusino, Benvegnato, camarero del papa Clemente, acompañados por cuatro valerosos capitanes perusinos y muchos más soldados valientes; en total más de doce espadas. Cuando yo vi aquello, teniendo en cuenta que sabía por qué lado escapar, decidí esconderme detrás del seto; pero como las espinas puntiagudas me hacían daño —y escarbaba como hace el toro—, estaba casi dispuesto a pegar un salto y huir; en esto, Luis rodeaba con su brazo el cuello de Pantasilea, diciendo: «Yo te besaré otra vez, sin preocuparme del traidor de Benvenuto». Entonces, perturbado por las espinas y forzado por las palabras del joven, salté fuera, levanté la espada y con la voz grave dije: «¡Sois todos muertos!». El golpe de la espada fue a parar sobre la espalda de Luis; y como aquel pobre joven había sido ferreteado con armaduras y otras quincallas parecidas por aquellos guasones, el golpe fue grandísimo. La espada, al salir despedida, le dio a la mencionada Pantasilea en la nariz y en la boca. Caídos los dos al suelo, Bachiacca chillaba y huía con las calzas a media pierna. Me volví violentamente con la espada en la mano contra los demás; pero aquellos hombres valerosos, como oyeron un gran ruido que había revuelto el me-

són y pensaban que se trataba de un ejército de cien personas, por más que hubieran metido mano a sus espadas, ocurrió que dos de los caballitos asustados lo pusieron todo en gran desorden, derribaron por los suelos a dos de los mejores y los demás se dieron a la fuga. A mí me había ido bien, y con velocísima carrera y honor abandoné tal empresa, pues no quería tentar más de lo debido a la fortuna. En aquella barahúnda tan desmesurada, algunos de aquellos soldados y capitanes se habían herido con sus propias espadas, y el señor Benvegnato, camarero del Papa, había sido golpeado y pisoteado por un mulo; y un siervo suyo, que había metido mano a la espada, cayó con él y lo hirió de mala manera en una mano. Aquella desgracia ocasionó, mucho más que todas las demás, que el señor Benvegnato blasfemara, a su manera perusina, diciendo: «¡Por el culo de Dios, que quiero que Benvegnato enseñe a vivir a Benvenuto!», y ordenó a uno de sus capitanes, tal vez más valiente que los demás pero por ser joven menos juicioso, que me atacara. Éste vino a encontrarme donde yo me había retirado, a casa de un gran señor napolitano, el cual había oído y visto algunas cosas de mi profesión; además había sabido de mi disposición idónea de alma y de cuerpo para lo militar (a lo cual se inclinaba también aquel señor). De manera que viéndome agasajado y como en mi propia casa, le di una respuesta tal al mencionado capitán que me parece que mucho tuvo que arrepentirse por haber venido a buscarme. Al cabo de pocos días, bastante cicatrizadas las heridas de Luis, de la puta y de todos los demás, aquel gran gentilhomme napolitano fue requerido por el señor Benvegnato, a quien se le había pasado el ataque de rabia, para que hiciera las paces con aquel joven llamado Luis, puesto que los valientes soldados no querían hacerme daño alguno, sino que sólo querían conocerme. Lo cual aquel gentilhomme dijo a todo el mundo; que me conduciría a donde quisieran y que con sumo gusto me haría hacer las paces; y una vez efectuado esto, que ninguna de las dos partes debía volver a hablar de ello, porque sería

demasiado para su honor. Sólo debía bastar beber y besarse; y que las palabras las utilizaría él para contentar a todo el mundo. Así se hizo. Un jueves, al atardecer, el mencionado caballero me condujo a casa del señor Benvegnato, donde se hallaban todos los soldados que habían participado en la derrota, y todavía estaban a la mesa. Con mi gentilhomme había más de treinta hombres valerosos, todos bien armados; algo que el señor Benvegnato no se esperaba. Llegados al salón, primero el gentilhomme y yo después, dijo estas palabras: «¡Dios os guarde, señores! Hemos venido a visitaros, Benvenuto y yo, a quien amo como a un hermano carnal, y estamos aquí para hacer de buen grado todo lo que deseéis que hagamos». El señor Benvegnato, al ver que la sala se llenaba de tantas personas, dijo: «Nosotros sólo os pedimos paz y nada más». Así pues, el señor Benvegnato prometió que la corte del gobernador de Roma no me molestaría. Hicimos las paces. Yo regresé enseguida a mi taller, sin poder pasar una hora sin ver a aquel gentilhomme napolitano, el cual, o me venía a ver o me mandaba llamar. Mientras, después de haberse curado, Luis Pulci montaba a diario en su caballo alazán que tan bien se iba adiestrando. Un día como otro cualquiera, llovía y él tenía el caballo preparado en la puerta de Pantasilea; caracoleando resbaló y el caballo le cayó encima. Se le rompió de golpe la pierna derecha y en casa de Pantasilea murió a los pocos días y cumplió el juramento que le había hecho a Dios de corazón. Y así se ve que Dios tiene en cuenta a los buenos y a los malos, y a cada cual le da su merecido.

XXXIV

Todo el mundo estaba ya en armas⁶. El papa Clemente había mandado a pedir al señor Giovanni de Medici algunos

6. Debido a la guerra que en 1521 estalló entre Carlos V y Francisco I, y que concluyó con el tratado de Cambrai.

regimientos de soldados, los cuales vinieron y cometieron tantos abusos en Roma que era peligroso estar en las tiendas públicas. Éste fue el motivo de que yo me retirara a una buena casona detrás de Banchi; y allí trabajaba para todos los amigos que había hecho. Mis trabajos no fueron en aquel tiempo cosa de mucha importancia, por lo que no es preciso que hable de ellos. En aquel tiempo me deleité mucho con la música y con placeres semejantes. Como el papa Clemente, siguiendo el consejo del señor Jacobo Salviati, había licenciado a los cinco regimientos que le había mandado el señor Giovanni, el cual había muerto en Lombardía, al enterarse el Borbón de que en Roma no había soldados, a toda prisa se apresuró a mandar un ejército hacia Roma⁷. En aquella ocasión toda la ciudad de Roma tomó las armas. Ahora bien, como yo era muy amigo de Alejandro, hijo de Piero del Bene, y como en la época en que los Coloneses llegaron a Roma me había pedido que le guardara su casa, ahora, en esta nueva y mayor ocasión, me rogó que reuniera a cincuenta compañeros para proteger dicha casa, y que yo fuera su jefe, tal como había hecho en la época de los Coloneses. Yo reuní, pues, a cincuenta jóvenes muy valerosos y nos aposentamos en su casa, bien pagados y bien tratados. Cuando apareció el ejército del Borbón ante las murallas de Roma, Alejandro del Bene me rogó que fuera con él a hacerle compañía; fuimos uno de los mejores compañeros y yo, y por el camino se unió a nosotros un jovencito llamado Cechino della Casa. Llegamos a las murallas del Campo Santo, y desde allí vimos aquel maravilloso ejército que ya estaba esforzándose al máximo para entrar. En aquel lugar de las murallas adonde nosotros nos acercamos, había muchos jóvenes muertos por los que estaban fuera; allí se combatía a más y mejor; había una niebla tan

7. Carlos de Borbón, primo de Francisco I, conocido como el Condestable de Borbón, había pasado a servir a las órdenes del emperador Carlos V.

espesa como uno pueda imaginarse. Yo me dirigí a Alejandro y le dije:

—Retirémonos a casa lo más pronto posible, porque esto ya no tiene remedio; vos ya lo veis, aquéllos suben y éstos huyen.

El mencionado Alejandro, asustado, dijo:

—¡Ojalá Dios hubiera querido que no hubiéramos venido!

Muy furioso se volvió para marcharse, mientras yo le reprendía, diciéndole:

—Puesto que me habéis traído hasta aquí, es necesario realizar alguna acción de hombres.

Y dirigiendo mi arcabuz hacia un grupo de la batalla muy numeroso y apretado, apunté hacia el medio, precisamente a uno a quien veía sobresalir sobre los demás, impidiéndome la niebla ver si estaba a caballo o de pie. Me volví acto seguido hacia Alejandro y Cechino, diciéndoles que dispararan sus arcabuces, y les enseñé la manera para que no recibieran un arcabuzazo de los de fuera. Así lo hicimos dos veces cada uno; yo me asomé hábilmente a las murallas y vi por entre ellas un tumulto extraordinario, pues resultó que con nuestros disparos matamos al Borbón, que había sido el primero que yo había visto sobresalir sobre los demás, por cuanto después se pudo saber. Nos alejamos de allí, pasamos por Campo Santo y entramos por San Pedro; de allí salimos por detrás de la iglesia del Sant' Agnolo, llegamos con gran dificultad al portón del Castillo, porque el señor Renzo de Ceri y el señor Horacio Baglioni herían y mataban a todos los que se inhibían de combatir en las murallas. Llegados al mencionado portón, ya había entrado en Roma una parte de los enemigos y los teníamos a nuestras espaldas. Como los del Castillo querían dejar caer el rastrillo del portón, se hizo un poco de sitio y nosotros cuatro pudimos entrar dentro. Una vez hube entrado, se apoderó de mí el capitán Pallone de Medici, puesto que siendo yo de la familia del Castillo me obligó a que dejase a Alejandro, lo cual hice contra mi vo-

luntad. Al mismo tiempo que yo subía a la torre del homenaje, el papa Clemente entraba en el Castillo por los corredores, porque no había querido abandonar antes el palacio de San Pedro, ya que no podía creer que los enemigos entrasen⁸. Una vez que hube entrado de aquella manera, me acerqué a unas piezas de artillería que tenía a su cargo un bombardero llamado Juliano Florentino. El mencionado Juliano se asomó a la almena del castillo, y vio cómo saqueaban su pobre casa y maltrataban a su mujer y a sus hijos; de manera que, para no alcanzar a los suyos, no se atrevía a disparar con sus piezas. Había arrojado la mecha encendida por el suelo; con grandísimo llanto se arañaba el rostro y lo mismo hacían otros bombarderos. Por lo que yo tomé una de aquellas mechas, y me hice ayudar por algunos de los que estaban allí, los cuales no sufrían por los citados motivos; apunté con algunos sacres y falconetes hacia donde veía el peligro y con ellos maté a muchos hombres enemigos. Si no hubiera acontecido esto, la parte que había entrado en Roma aquella mañana habría ido directamente hacia el Castillo; y es posible que hubiera entrado fácilmente, porque las piezas de artillería no se lo habrían impedido. Yo seguía tirando; por ello algunos cardenales y señores me bendecían y me daban grandes ánimos. Y yo, muy orgulloso, me esforzaba por hacer más de cuanto podía; baste decir que yo fui la causa de que aquella mañana se salvara el Castillo, y de que los demás bombarderos se pusieran a cumplir con su cometido. Yo continué todo el día; al empezar a oscurecer, mientras el ejército entraba en Roma por la parte del Trastévere, el Papa nombró jefe de todos los bombarderos a un gran caballero romano, el cual se llamaba señor Antonio Santa Croce; la primera cosa que hizo aquel gran caballero fue acercarse a mí y agasajarme; me colocó junto a cinco admirables piezas de artillería en el lugar más eminente del Castillo, que preci-

8. Se refiere a los lansquenets del Frundsberg y a las tropas del Borbón.

samente se llama el Agnolo⁹; este lugar circunda todo el Castillo y domina Prati y también Roma. Además, puso muchos hombres a mis órdenes para que yo pudiera mover mis piezas de artillería; y tras ordenar que me dieran una paga por adelantado, me entregó pan y un poco de vino, y luego me rogó que prosiguiera tal como había comenzado. Yo, que tal vez estaba más inclinado a aquella profesión que a la que consideraba como mía, lo hacía con tanto gusto que me salía mejor que mi profesión. Llegada la noche, y entrados los enemigos en Roma, los que estábamos en el Castillo, y principalmente yo, que siempre me he complacido en ver cosas nuevas, estaba contemplando aquella inestimable novedad e incendio; lo cual no pudieron ni ver ni imaginar aquellos que estaban en cualquier lugar que no fuera el Castillo. Con todo, no quiero ponerme a describir tal cosa; sólo continuaré describiendo esta vida mía que he comenzado a escribir y las cosas que a ella le pertenecen.

XXXV

Siguiendo manejando continuamente mis piezas de artillería, en el mes entero que estuvimos asediados en el Castillo, por medio de ellas me ocurrieron muchos y grandísimos accidentes, todos ellos dignos de ser contados; pero por no querer extenderme tanto, ni querer mostrarme demasiado al margen de mi profesión, dejaré la mayor parte y hablaré sólo de los que no consigo callar, los cuales serán pocos y los más notables. El primero es éste: que el señor Antonio Santa Croce me había hecho descender del Agnolo para que yo tirase contra algunas casas cercanas al Castillo, donde se había visto entrar a varios enemigos; mientras yo tiraba, me vino un tiro de artillería que dio en el canto de una almena, fragmen-

9. El «Ángel».

tándola tanto que ésta fue la causa de que no me hiciera mayor daño; porque, toda junta, aquella gran cantidad me golpeó el pecho; y se me paró el aliento, y estaba postrado en el suelo como muerto, y oía todo lo que decían los circunstantes. Entre los que mucho se quejaban estaba aquel señor Antonio Santa Croce, que decía: «¡Ay de mí, que hemos perdido la mejor arma que teníamos!». Al oír aquel griterío, acudió un compañero mío que se llamaba Gianfrancesco, pífano (aquel hombre estaba más inclinado por la medicina que por el pífano), y, llorando, corrió enseguida a buscar una botellita de buenísimo vino griego. Hizo poner candente una teja, encima de la cual esparció un buen puñado de ajeno y luego lo roció con el buen vino griego. Una vez que el ajeno estaba bien empapado, me lo colocó en el pecho donde se veía claramente la contusión. Fue tanta la virtud de aquel ajeno, que me devolvió inmediatamente las fuerzas perdidas. Cuando quise empezar a hablar no pude, porque unos estúpidos soldaditos me habían llenado la boca de tierra, pareciéndoles que mediante aquello me habían dado la comunión;¹⁰ más bien me habían excomulgado, ya que no me podía recobrar, al darme la tierra mucha más molestia que la herida. Librado de ésta, regresé a los furores de la artillería, ejercitándolos con todo el ánimo y el empeño que podía imaginar. Y el papa Clemente había mandado a pedir socorro al duque de Urbino, que estaba con el ejército de los venecianos, diciendo al embajador que dijera a su excelencia que, mientras hubiera cada noche en la cima del Castillo tres hogueras, acompañadas de tres descargas de artillería de tres tiros cada una, y mientras durara aquella señal, significaba que el Castillo no se había rendido. Yo recibí el encargo de encender aquellas hogueras y de disparar aquellos cañonazos; sucedía que de día yo siempre los dirigía a aquellos lugares en los que podían hacer mucho daño; por lo cual el Papa me tenía en gran esti-

10. Se trata de una superstición popular de la época.

ma, porque veía que yo practicaba el arte con el esmero que corresponde a tales cosas. El socorro del mencionado duque no llegó nunca; por lo que yo, que no estoy aquí por esto, no digo nada más.

XXXVI

Mientras yo estaba allá arriba con mi ejercicio diabólico, me venían a ver algunos de aquellos cardenales que estaban en el Castillo, y muy a menudo el cardenal Ravenna y el cardenal de Gaddi, a los cuales había dicho en repetidas ocasiones que no vinieran a verme, porque sus birretas rojas se veían desde lejos (por lo que desde los palacios cercanos, como por ejemplo la torre de los Bini, tanto ellos como yo corríamos un gran peligro); de manera que al final les cerré la puerta y ellos se encolerizaron conmigo. A menudo me visitaba el señor Horacio Baglioni, el cual me apreciaba mucho. Estando un día de aquellos conversando conmigo, observó una contienda en una hostería que estaba más allá de la puerta del Castillo, en un lugar llamado Baccanello. Aquella hostería tenía por enseña un sol pintado, de color rojo, entre dos ventanas. Al estar cerradas las ventanas, el señor Horacio juzgó que allí enfrente, detrás del sol, entre las dos ventanas, debía de haber una mesa de soldados que estaban de chiri-nola; y me dijo:

—Benvenuto, si te apeteciera tirar contra aquel sol con tu medio cañón, creo que harías una buena obra, porque allí se oye un gran alboroto, y debe de tratarse de gente de suma importancia.

Y luego le contesté a aquel caballero:

—Sólo con la vista me basta para dar en medio de aquel sol.

Pero añadí que había un barril lleno de piedras junto a la boca del cañón, y que el furor del fuego y del viento que pro-

ducía el cañón podrían derribarlo. A lo que el mencionado señor me contestó:

—No pierdas tiempo, Benvenuto; en primer lugar no es posible que, tal como está el barril, el viento del cañón lo derribe; pero aunque así fuera y debajo estuviera el Papa, sería menos grave de lo que tú crees; ¡conque tira, tira!

Yo, sin pensar en las consecuencias, tiré y le di en medio del sol, tal como había prometido. Cayó el barril, como yo había dicho, y fue a parar en medio del cardenal Farnese y del señor Jacobo Salviati, que por poco no los aplasta a los dos. Y la causa de que no ocurriera así fue que el cardenal Farnese había estado acusando al señor Jacobo de ser la causa del saqueo de Roma; mientras ambos se injuriaban, para dar espacio a las injuriosas palabras se separaron, lo que motivó que mi barril no los aplastara a los dos. Al oír el gran estruendo que se producía en el patio inferior, el buen señor Horacio bajó a toda prisa; yo me asomé para ver dónde había caído el barril y oí a algunos que decían: «No estaría de más matar a ese bombardero»; por lo que apunté dos falconetes a la escalera de subida con el ánimo decidido a disparar uno de los falconetes contra el primero que subiera. Debieron de recibir órdenes los servidores del cardenal Farnese para venir a darme un disgusto; por lo que me adelanté y llevaba la mecha encendida en la mano. Reconocidos algunos de ellos, dije: «¡Ah, ganapanes! Si no salís de ahí o si alguno de vosotros se atreve a subir por las escaleras, tengo aquí dos falconetes preparados con los que os pienso hacer polvo; y corred a decirle al cardenal que he hecho lo que me han ordenado mis superiores, lo cual ha sido hecho y se hace para defender a sus sacerdotes y no para ofenderles». Aquéllos se alejaron. Llegó corriendo el señor Horacio Baglioni, a quien dije que no se moviera, puesto que pensaba matarlo, ya que sabía perfectamente quién era. Aquel señor, no sin miedo, se detuvo un poco y me dijo:

—Benvenuto, yo soy tu amigo.

Y yo le contesté:

—Señor, subid solo, y en tal caso venid como os plazca.

Aquel señor, que era muy soberbio, se detuvo de nuevo y me dijo de mal humor:

—Me dan ganas de no subir y de hacer todo lo contrario de lo que había pensado hacer por ti.

A lo que yo le respondí que, de la misma manera que yo estaba en aquel oficio para defender a los demás, también era capaz de defenderme a mí mismo. Me dijo que subía solo; y una vez hubo subido vi que se le había alterado el rostro más de lo normal, por lo que le metí mano a la espada y me puse en actitud desafiante. Al ver esto, se echó a reír, le volvieron los colores a la cara y muy afablemente me dijo:

—Benvenuto mío, te quiero con toda mi alma, y te lo demostraré cuando Dios quiera. Quisiera Dios que tú hubieras acabado con esos dos bellacos; pues uno es la causa de tan gran desgracia, y el otro tal vez será la causa de algo peor.

También me dijo que si me interrogaban, no dijera que él estaba allí conmigo cuando prendí fuego a aquellos cañones; y que no dudara de lo que me había dicho. El revuelo fue muy grande y la cosa duró mucho. Sobre esto no quiero extenderme más; baste decir que había decidido vengarme del señor Jacobo Salviati por las mil injusticias que le había hecho a mi padre (de las que mi padre se quejaba). Y sin quererlo le di un gran susto. De Farnese no quiero decir nada, porque se oirá en su lugar cuánto se merecía que yo lo hubiera asesinado.

XXXVII

Me dedicaba a disparar mis cañones y cada día hacía con ellos alguna cosa muy notable; de manera que había conquistado un crédito y un favor grandísimos del Papa. No pasaba día sin que matara a algún enemigo de los de fuera.

Uno de aquellos días el Papa paseaba por la torre redonda, y veía en Prati a un coronel español, al que conocía por determinadas señas, visto que había estado a su servicio; y mientras lo estaba mirando, hablaba de él. Yo, que estaba encima en el Agnolo y no sabía nada de aquello, pero veía a un hombre que estaba con una pequeña azagaya en la mano haciendo construir trincheras, vestido todo de rojo, meditaba lo que podía hacer contra él. Tomé un gerifalte que tenía allí, que es una pieza mayor y más larga que un sacre, casi como media culebrina; vacié aquella pieza, luego la cargué con una buena porción de pólvora fina mezclada con la gruesa; y después la dirigí perfectamente contra aquel hombre de rojo, dándole una parábola maravillosa, puesto que se hallaba tan distante que el arte no permitía tirar tan lejos con piezas de aquel tipo. Le di fuego y toqué de lleno a aquel hombre de rojo, el cual se había colocado delante la espada, un tanto al modo español; llegada mi bala de artillería y golpeando la espada, se vio al mencionado hombre dividido en dos mitades. El Papa, que no se esperaba semejante cosa, fue sorprendido y maravillado no sólo porque le parecía imposible que una pieza de cañón pudiera llegar tan lejos, sino también por ver a aquel hombre dividido en dos pedazos. No podía dejar de pensar en cómo había ocurrido tal cosa; y me hizo llamar y me preguntó sobre aquello. Yo le conté toda la maña que había empleado para disparar, pero respecto al hombre en dos pedazos ni él ni yo conocíamos la causa. Me arrodillé y le rogué que me absolviera del homicidio, y de los muchos que había cometido en aquel Castillo al servicio de la Iglesia. A lo que el Papa, levantando las manos y haciendo una vistosa cruz sobre mi rostro, me dijo que me bendecía y que me perdonaba todos los homicidios que yo hubiera cometido hasta la fecha y todos los que cometiera a partir de entonces al servicio de la Iglesia apostólica. Alejándome, subí arriba y, sin descanso, no dejaba de disparar; y casi nunca fallaba el disparo. Mis dibujos, mis bellos estudios y la belleza de tocar

música, todo ello se veía reducido ahora a tocar aquellas piezas de artillería. Y si tuviera que hablar de las cosas que realicé en medio de aquel desbarajuste infernal, maravillaría a todo el mundo; pero las omito para no alargarme demasiado. Sólo referiré algunas de las más notables, de las que no puedo prescindir. Sucedió que, pensando día y noche lo que por mi parte podía hacer en defensa de la Iglesia, consideré que los enemigos hacían el cambio de la guardia y pasaban por el portón de Santo Spirito, lo cual permitía un tiro razonable. Pero el tiro me salía de través y no podía hacer el gran daño que yo pretendía causar; con todo, cada día mataba a unos cuantos; de manera que, al encontrarse los enemigos con aquel paso impedido, una noche pusieron más de treinta barriles en lo alto de un techo, los cuales me impedían aquella vista. Yo, que pensé en este caso con más acierto que en ocasiones anteriores, dirigí mis cinco piezas de artillería contra los mencionados barriles, y esperé las veintidós horas, cuando debían relevar a la guardia. Y como ellos, que se sentían al seguro, venían más despacio y más apiñados que de costumbre, al dar yo fuego a mis cañones, no sólo derribé aquellos barriles que me estorbaban, sino que únicamente con aquella descarga maté a más de treinta hombres. Además, puesto que hice lo mismo un par de veces, los soldados se alteraron tanto que, como ya estaban cargados con el latrocinio del gran saqueo y algunos de ellos deseaban disfrutar de sus fatigas, en numerosas ocasiones quisieron amotinarse para marcharse. Sin embargo, contenidos por su valeroso capitán, que se llamaba Gian de Urbino, con grandísimo disgusto fueron obligados a tomar otro camino para efectuar el cambio de guardia; su fastidio fue tener que andar más de tres millas, mientras que el primer paso no llegaba a media. Efectuada aquella hazaña, todos los señores que estaban en el Castillo me favorecían de forma maravillosa. Este caso, al haber tenido consecuencias tan importantes, lo he querido contar para dar por finalizados estos

asuntos que no pertenecen a la profesión que me incita a escribir; pues si con dichas cosas yo quisiera adornar mi vida, demasiadas tendría por decir. Sólo hay otra que en su lugar contaré.

XXXVIII

Avanzando un poco, diré cómo el papa Clemente, para salvar sus tiaras con toda la cantidad de las grandes joyas de la cámara apostólica, me mandó llamar y nos encerramos con él, solos en la habitación, Cavalierino y yo. El mencionado Cavalierino había sido servidor de las caballerizas de Felipe Strozzi; era francés, persona de humilde linaje; y, por ser un buen servidor, el papa Clemente lo había hecho riquísimo y se fiaba de él como de sí mismo. Una vez que el Papa, Cavalierino y yo estuvimos encerrados en dicha habitación, me pusieron delante las mencionadas tiaras con toda la gran cantidad de joyas de la cámara apostólica y el Papa me encargó que las sacase todas del oro en que estaban engastadas. Y yo así lo hice; luego las envolví una a una en pedazos de papel y las cosimos en los forros de los vestidos del Papa y de Cavalierino. Luego me entregaron todo el oro, el cual pesaba unas doscientas libras, y me dijeron que lo fundiera lo más secretamente que pudiera. Me fui al Sant'Angelo, donde tenía mi habitación y me podía encerrar para que nadie me molestara; allí me fabriqué con ladrillos un hornillo de viento y coloqué en el fondo del hornillo un cernedero grande a modo de plato; cuando echaba el oro sobre los carbones lentamente caía en aquel plato. Mientras que aquel hornillo trabajaba, yo estudiaba sin parar cómo podía ofender a nuestros enemigos; y debido a que debajo de las trincheras teníamos a nuestros enemigos a menos de un tiro de piedra, yo les causaba daño en las trincheras con viejos cascotes de piedras y metales que yacían amontonados como munición

del Castillo. Tomé un sacre y un falconete, los cuales estaban un poco rotos por la boca, y los llené con aquellos cascotes; luego daba fuego a aquellas piezas y los cascotes volaban al azar provocando muchos daños inesperados en las trincheras. De manera que, teniendo siempre a punto las piezas, mientras iba fundiendo el oro, poco antes de anochecer vi venir por el borde de la trinchera a un hombre montado en un mulo. El animal corría muy veloz; y el hombre hablaba con los de las trincheras. Yo me preparé a abrir fuego con mis piezas antes de que llegase a mi derecha; de modo que gracias al buen cálculo hice fuego, lo alcancé y le cayó uno de aquellos cascotes en la cara; los restantes cayeron sobre el mulo, que cayó muerto. En la trinchera se armó un gran tumulto; di fuego a la otra pieza, y les hice un daño enorme. El hombre del mulo era el príncipe de Orange, el cual fue llevado por el interior de las trincheras a una hostería cercana, a la que acto seguido acudió toda la nobleza del ejército. Al saber el papa Clemente lo que yo había hecho, me mandó llamar inmediatamente y me preguntó sobre lo ocurrido. Yo se lo conté todo, y además le dije que aquél debía de ser un hombre de suma importancia, ya que a aquella hostería donde lo habían trasladado, según se podía observar, habían acudido todos los jefes de aquel ejército. El Papa, con una idea genial, mandó llamar al señor Antonio Santa Croce, gentilhombre que era el jefe y responsable de todos los bombarderos, como ya he dicho antes. Dijo que nos ordenase a todos los bombarderos que apuntáramos con todas nuestras piezas, que eran infinitas, a aquella casa; y que al oír un disparo de arcabuz todo el mundo disparase. Si se lograba matar a los jefes, aquel ejército que se mantenía a duras penas se dispersaría; y tal vez Dios había oído las oraciones que le hacían tan frecuentemente, y por ellas los libraría de aquellos malvados impíos. Dispuestas nuestras piezas de acuerdo a las órdenes de Santa Croce, esperábamos la señal. Todo ello lo oyó el cardenal Orsino y empezó a discutir a gritos con el

Papa, diciendo que por nada del mundo debía hacerse tal cosa, puesto que estaban a punto de concluir el acuerdo y que si matábamos a aquellos jefes, el ejército imperial sin guía habría entrado por fuerza en el Castillo, y los habría acabado de destrozar definitivamente: por lo tanto no querían que tal cosa fuera llevada a cabo. El pobre Papa, desesperado, viéndose destrozado dentro y fuera, dijo que tomaran ellos las decisiones. Así pues, nos retiraron la orden, y yo, que no podía permanecer quieto, cuando supe que venían a darme la orden de que no tirara, di fuego a un medio cañón que tenía. El disparo dio de lleno en una pilastra de un patio de aquella casa donde yo veía apoyadas a muchísimas personas. Aquel disparo causó tanto daño a los enemigos que les obligó a abandonar la casa. El cardenal Orsino me quería hacer ahorcar o matar a cualquier precio; pero el Papa me defendió denodadamente. Las violentas palabras que ambos se cruzaron, por más que yo las conozca, no debo decirlas, pues no tengo como profesión escribir historias; sólo atenderé a lo mío.

XXXIX

Cuando hube fundido el oro, se lo llevé al Papa, el cual me agradeció mucho lo que había hecho; y le encargó a Cavalierino que me diera veinticinco escudos, disculpándose conmigo por no poder entregarme más. A los pocos días se estableció el acuerdo. Yo me fui con el señor Horacio Baglioni hacia Perusa, junto con trescientos compañeros; y allí el señor Horacio me quiso poner al frente de la compañía. Yo, por entonces, no quise. Le dije que primero quería ver a mi padre; luego, anular la orden de destierro que me había impuesto Florencia. El mencionado señor me dijo que me había hecho capitán de los florentinos, y allí se hallaba el señor Pier Maria di Lotto, enviado de los florentinos, a quien el se-

ñor Horacio me recomendó especialmente como su hombre de confianza. Es por ello por lo que me trasladé a Florencia con algunos compañeros. Había una peste interminable, terrible. Llegados a Florencia encontré a mi buen padre, el cual pensaba o bien que yo había muerto en el saqueo de Roma, o que regresaría sin nada encima. Sucedió todo lo contrario: estaba bien vivo, con mucho dinero, con un servidor e iba a caballo. Cuando estuve con mi viejo, noté tanta alegría en él que llegué a pensar, mientras me abrazaba y me besaba, que a causa de ella se moriría de repente. Una vez le hube contado todas las diabluras del saqueo y entregado en mano una buena cantidad de escudos, que me había ganado soldadescamente, nos felicitamos mi buen padre y yo; a continuación se fue a ver a los Ocho para redimir el bando de mi destierro. Y quiso la casualidad que entre los Ocho estuviera uno de aquellos que me habían desterrado, y era aquel que inoportunamente le había dicho a mi padre que me quería mandar a la ciudad con los lanceros; por lo cual mi padre utilizó algunas palabras discretas como acto de venganza sobre los favores que me había concedido el señor Horacio Baglioni. En esto, yo le dije a mi padre cómo el señor Horacio me había elegido capitán y que ya era hora de que empezara a pensar en formar la compañía. Al oír estas palabras, mi pobre padre se asustó enseguida; me rogó por amor de Dios que no realizase dicha empresa, con todo y que reconocía que yo sería capaz de aquélla y de aventuras mayores; a continuación me dijo que ya tenía a su otro hijo tan valeroso, mi hermano, en la guerra, y que yo debía aplicarme en mi arte maravilloso, al cual tantos años y con tan grandes estudios me había dedicado. Por más que yo prometí obedecerle, él pensó, como persona juiciosa, que si venía el señor Horacio, yo no podría dejar de seguir las cosas de la guerra, o por habérselo prometido, o por causas diferentes. De una bonita manera pensó sacarme de Florencia, y dijo lo siguiente: «Oh, querido hijo mío, aquí hay una peste grandísima y

todavía me parece verte regresar a casa con ella; yo recuerdo que cuando era joven me fui a Mantua, ciudad en la que fui muy agasajado y pasé algunos años. Te ruego y te mando que, por amor mío y más pronto hoy que mañana, salgas de aquí y allí te dirijas».

XL

Como siempre me ha deleitado ver mundo y nunca había estado en Mantua, fui de muy buen grado llevando los dineros que había traído, aunque la mayor parte de ellos se los dejé a mi padre. Le prometí que siempre lo ayudaría desde donde estuviera, y dejé a mi hermana mayor al cuidado de mi pobre padre. Ésta se llamaba Cosa, y no habiendo querido nunca tomar marido, había sido aceptada monja en Santa Úrsula; de esta manera se ocupaba de la ayuda y del cuidado del viejo padre y de la guía de mi otra hermana menor, la cual estaba casada con un tal Bartolomé, escultor. Me marché, pues, con la bendición de mi padre, tomé mi buen caballo y montado en él me fui a Mantua. Demasiadas cosas debería contar si quisiera escribir detalladamente este pequeño viaje. Como el mundo estaba entenebrecido por la peste y la guerra, con grandes dificultades conseguí llegar a Mantua. Apenas llegué, procuré ponerme a trabajar; y encontré trabajo con un tal Niccolò, maestro milanés, el cual era orfebre del duque de Mantua. A los dos días de haber empezado a trabajar fui a visitar al señor Julio Romano, pintor excelentísimo, ya citado, muy amigo mío, el cual me agasajó enormemente y tomó muy a mal que no hubiera ido a alojarme en su casa. Vivía como un gran señor, y hacía una obra para el duque fuera de las puertas de Mantua, en un lugar llamado del Té. Esta obra era grande y maravillosa, como tal vez todavía se vea. Más tarde el señor Julio le habló de mí al duque con palabras muy honrosas; y éste me encargó que

le hiciera un modelo para conservar la reliquia de la sangre de Cristo, que ellos poseen y dicen que fue traída hasta aquí por Longinos; a continuación se volvió hacia el señor Julio y le dijo que me hiciera un dibujo para aquel relicario. A esto, el señor Julio dijo: «Señor, Benvenuto es un hombre que no necesita los dibujos de los demás, lo cual podrá juzgar perfectamente Vuestra Excelencia cuando vea su modelo». Manos a la obra en aquel modelo, realicé un dibujo para aquel relicario de modo que se pudiera colocar muy bien en él la redoma; después hice para la parte superior un modelito de cera. Se trataba de un Cristo sentado que, con la mano izquierda levantada en alto, sostenía una cruz grande en acto de apoyarse en ella; y con los dedos de la derecha hacía señal de abrirse la llaga del pecho. Acabado aquel modelo, le gustó tanto al duque que los encargos fueron inestimables y me dio a entender que me tendría a su servicio, de tal manera que yo podría vivir con riqueza. Mientras tanto, yo había ofrecido mis respetos al cardenal, su hermano; el mencionado cardenal rogó al duque que se dignase dejarme hacer el sello pontificio de su Señoría Reverendísima; y yo lo empecé. Mientras trabajaba en dicha obra, me sobrevino la fiebre cuartana; y cuando me cogía dicha fiebre perdía el conocimiento y maldecía a Mantua, a quien era su dueño y a quien allí vivía de buen grado. Aquellas palabras le fueron referidas al duque por su orfebre milanés, antes mencionado, el cual comprendía perfectamente que el duque quería servirse de mí. Al conocer el duque mis enfermizas palabras, se enojó conmigo de mala manera; estando yo también enojado en Mantua, en cuanto a enojo quedamos a la par. Terminado mi sello, al cabo de cuatro meses, con algunas obritas más hechas para el duque en nombre del cardenal, éste me pagó bien; y me rogó que regresara a Roma, aquella ciudad admirable donde éramos conocidos. Me fui de Mantua con una buena cantidad de escudos, llegué a Governo, lugar donde fue muerto el valerosísimo señor Juan. Allí me cogió un pe-

queño período de fiebre, la cual no me impidió en absoluto el viaje y, cesada en aquel lugar, nunca más la tuve. Después llegué a Florencia pensando encontrar a mi querido padre; llamé a la puerta y se asomó a la ventana una jorobada rabiosa que me echó con mucha patanería, diciéndome que la había fastidiado. Yo le dije a aquella jorobada:

—Oh, dime, jorobada perversa, ¿no hay en esta casa otra cara que la tuya?

—¡No, y mal hayas!

A lo que le contesté gritando:

—¡Ojalá mueras antes de dos horas!

Al oír aquella disputa salió una vecina, la cual me dijo que mi padre y todos los de mi casa habían fallecido de peste; y como yo en parte ya me lo figuraba, ésta fue la razón de que mi duelo fuera menor. Después me dijo que sólo había quedado viva mi hermana menor, la cual se llamaba Liperata, que había sido recogida por una santa mujer que se llamaba señora de Andrés de Bellacci. Me alejé de allí para encaminarme a la hostería. Por casualidad me encontré a un íntimo amigo que se llamaba Juan Rigogli. Una vez alojado en su casa, nos fuimos a la plaza, donde tuve noticia de que mi hermano estaba vivo; fui a verle a casa de un amigo suyo que se llamaba Bertino Aldobrandi. Encontré a mi hermano, y una vez nos hubimos consolado y agasajado infinitamente (el porqué de aquellas manifestaciones extraordinarias se debía a que tanto a él como a mí nos habían dado la noticia de nuestras muertes respectivas), a continuación soltó una enorme carcajada, y maravillado me agarró por la mano, y me dijo: «Vamos, hermano, que te llevo a un lugar que nunca podrías imaginar; y es que he casado a nuestra hermana Liperata, la cual está segura de tu muerte». Mientras nos dirigíamos a aquel lugar, nos contamos el uno al otro las extraordinarias cosas que nos habían acontecido. Cuando llegamos a la casa donde estaba nuestra hermana, le dio un pasmo tan grande ante la novedad inesperada que cayó en

mis brazos desmayada; y si no hubiese sido por la presencia de mi hermano, la escena fue tal y sin palabra alguna, que su marido no hubiera pensado, a primera vista, que yo era su hermano. Hablando mi hermano y prestando ayuda a la desmayada, a poco se recobró; y tras llorar un poco a nuestro padre, mi hermana, su marido y un hijito suyo, se preparó la cena; y en aquel agradable convite no se habló más durante la velada de muertos, sino que hubo conversaciones alegres. Así, alegremente y con gran deleite, terminamos la cena.

XLI

Obligado por los ruegos de mi hermano y de mi hermana me quedé en Florencia, aunque mi deseo era encaminarme hacia Roma. También aquel querido amigo mío —ya dije antes que me había ayudado tanto en algunos apuros, y era Piero di Giovanni Landi—, aquel Piero me dijo que debía permanecer en Florencia porque los Medici habían sido expulsados de allí (es decir, el señor Hipólito y el señor Alejandro, que fueron respectivamente cardenal y duque de Florencia). El mencionado Piero me dijo que me quedara un poco para ver lo que ocurría. Así pues, empecé a trabajar en el Mercato Nuovo y engastaba gran cantidad de joyas y ganaba mucho dinero. Por aquel tiempo llegó a Florencia un sienés llamado Girólamo Marretti; dicho sienés había pasado bastante tiempo en Turquía y era una persona de vivaz ingenio. Se presentó en mi taller y me encargó una medalla de oro para llevar en un sombrero; quiso que en aquella medalla le hiciera un Hércules que le abría la boca a un león. Empecé a hacerlo, y mientras lo trabajaba vino Miguel Ángel Buonarroti varias veces a verlo; y como yo me había aplicado enormemente, el gesto de la figura y la fuerza bruta del animal resultaban muy distintos a como hasta entonces todos lo habían hecho. También resultaba aquella manera de

trabajar totalmente desconocida para el divino Miguel Ángel, el cual alabó tanto aquella obra mía que acrecentó en mí el ánimo de hacerlo bien, algo inestimable. Pero a pesar de no tener otra cosa que hacer que engastar joyas, que era lo que me procuraba la mayor ganancia que pudiera obtener, no me contentaba, porque deseaba hacer obras de mayor categoría que engastar joyas. En esto apareció un tal Federigo Ginori, joven de espíritu muy elevado. Este joven había pasado muchos años en Nápoles, y como era muy bello de cuerpo y de presencia, se había enamorado en Nápoles de una princesa; quiso, pues, tener una medalla en la cual figurara un Atlante con el mundo auestas y le pidió al gran Miguel Ángel que le hiciera un ligero dibujo. El cual dijo al mencionado Federigo: «Id a ver a un joven orfebre, que se llama Benvenuto; él os servirá muy bien y en realidad no necesita mi dibujo; pero para que no penséis que quiero rehusar el trabajo, os haré un ligero dibujo de buen grado. Mientras tanto hablad con Benvenuto para que también él haga un pequeño modelo; luego se realizará el que resulte mejor». Me vino a ver Federigo Ginori y me expuso su deseo; me enteré de cuánto me había alabado el maravilloso Miguel Ángel; y que yo debía hacer un ligero modelo de cera, mientras que aquel hombre admirable le había prometido realizar un ligero dibujo. Las palabras de aquel gran hombre me animaron tanto que me puse enseguida a realizar el mencionado modelo con sumo empeño. Cuando lo hube terminado, un pintor muy amigo de Miguel Ángel, un tal Juliano Bugiardini, me trajo el dibujo del Atlante. Al mismo tiempo yo le mostré a Juliano mi modelo de cera, el cual era muy diferente del dibujo de Miguel Ángel; de manera que el mencionado Federigo y también Bugiardini convinieron en que lo hiciera según mi modelo. De manera que lo comencé, y lo vio el excelentísimo Miguel Ángel y lo alabó tanto que fue cosa impresionante. Como ya he dicho, consistía en una figura cincelada en chapa: tenía el cielo auestas, representado por

una bola de cristal con su zodiaco esculpido en ella, sobre un campo de lapislázuli; todo ello, junto con la figura, era de tan buen ver que era cosa extraordinaria. Debajo había un lema, cuyas letras rezaban: «Summa tulisse juvat»¹¹. Federigo quedó muy satisfecho y me pagó liberalísimamente. Por aquel tiempo estaba en Florencia el señor Aluigi Alamanni, amigo del mencionado Federigo Ginori; y éste lo trajo muchas veces a mi tienda y se hizo, por sus buenos oficios, muy buen amigo mío.

XLII

El papa Clemente declaró la guerra a la ciudad de Florencia; ésta se preparó para la defensa, y las milicias populares se distribuyeron en todos los barrios, siendo también yo alistado. Me preparé con magnificencia; me trataba con los mejores nobles de Florencia, los cuales se mostraban muy de acuerdo en querer militar en dicha defensa; y fueron pronunciadas, como es costumbre, las arengas en todos los barrios. Los jóvenes se reunieron con más frecuencia que de costumbre, y no se hablaba de otra cosa que de la guerra. Estando un mediodía en mi tienda gran número de hombres y jóvenes importantes de la ciudad, me fue entregada una carta de Roma que provenía de un tal conocido en Roma como maestro Iacopino della Barca. Se llamaba Jacopino della Sciorina, pero en Roma le conocían como *de la Barca* porque tenía una barca que cruzaba el Tíber entre Ponte Sisto y Ponte Agnolo. Este maestro Jacobo era una persona muy ingeniosa y mantenía conversaciones agradables y bellísimas; en Florencia había sido maestro de dibujo de obras para los tejedores de paños. Este hombre era muy amigo del papa Clemente, el cual se complacía mucho en oírle hablar. Estan-

11. «Place sostener las cosas excelsas.»

do un día enfrascado en ciertas conversaciones, se habló respecto al saqueo de Roma y a la acción del Castillo; por lo que el Papa, al acordarse de mí, habló tan bien como se pueda imaginar; y añadió que si él hubiera sabido dónde me encontraba, habría tenido mucho gusto en tenerme a su lado de nuevo. El mencionado maestro Jacobo dijo que yo estaba en Florencia; por lo que el Papa le encargó que me escribiera para decirme que volviera a su lado. La mencionada carta decía que yo debía regresar al servicio de Clemente y que sería bueno para mí. Aquellos jóvenes que estaban en mi presencia querían saber lo que decía aquella carta; por lo que la escondí lo mejor que pude. Luego escribí al mencionado maestro rogándole que ni para bien ni para mal me escribiera de ninguna de las maneras. El mencionado, al crecerle todavía más el deseo, me escribió otra carta que se salía tanto de los términos razonables que, si alguien la hubiera visto, yo habría tenido problemas. Aquella carta decía que, de parte del Papa, yo fuera inmediatamente, pues quería servirse de mí para cosas de una importancia grandísima; y que si quería obrar bien, que lo dejase todo al instante y no me pusiera contra un Papa, junto con aquellos locos furiosos. Léida la carta, me dio tanto miedo que fui a ver a mi querido amigo llamado Pier Landi, el cual, al verme, me preguntó qué me ocurría, pues mostraba estar muy agitado. Le dije a mi amigo que lo que me causaba tanta turbación no podía decírselo de ninguna manera; sólo le rogaba que tomara las llaves que yo le entregaba y que repartiera las joyas y el oro a fulano y a mengano, tal como hallaría escrito en un librito mío; que luego tomara los objetos de mi casa y la cuidara un poco con su habitual cariño, y que dentro de pocos días sabría dónde me hallaba. Aquel joven juicioso, tal vez imaginando más o menos la cosa, me dijo: «Hermano mío, vete enseguida, escribe luego, y de tus cosas no te preocupes lo más mínimo». Así lo hice. Aquél fue el amigo más fiel, el más sabio, el más honrado, el más discreto, el más cariñoso que

nunca he conocido. Abandonada Florencia, me dirigí a Roma, desde donde escribí.

XLIII

Apenas llegado a Roma me encontré con muchos de mis amigos, los cuales me acogieron muy bien y me agasajaron, y enseguida me puse a trabajar en obras para ganar dinero y no de fama para ser aquí descritas. Había un tal Raffaello del Moro, un orfebre viejecito, que era un hombre de mucha reputación en el gremio, y además un hombre honrado. Me rogó que me dignara a ir a trabajar a su taller porque tenía que hacer algunas obras importantes, con las que se podía ganar mucho dinero. Fui, pues, con mucho gusto. Habían pasado más de diez días y no me había presentado ante el maestro Jacopino della Barca; el cual, al encontrarme por casualidad, me hizo un gran recibimiento y al preguntarme cuándo había llegado, yo le dije que hacía unos quince días. Aquel hombre se lo tomó muy mal y me dijo que yo hacía poco caso de un Papa, el cual le había hecho escribirme tres veces con gran insistencia. Y yo, que me lo había tomado todavía peor que él, no le contesté nada y me tragué la rabia. Aquel hombre, que era de abundantísimas palabras, se embolsó de mala manera y dijo tantas cosas que, luego, cuando lo noté fatigado, le dije únicamente que me llevara a ver al Papa cuando quisiera; a lo que él me contestó que siempre había tiempo. A lo que yo le repliqué: «Y yo siempre estoy dispuesto». Empezó a encaminarse hacia el palacio, y yo tras él (era el Jueves Santo). Llegados a las cámaras del Papa, al ser él conocido y yo esperado, nos hicieron entrar enseguida. El Papa estaba en la cama un poco indispuesto y con él estaban el señor Jacobo Salviati y el arzobispo de Capua. En cuanto me vio el Papa, se alegró extraordinariamente; y yo, una vez le hube besado los pies, me acerqué a su lado con

toda la modestia del mundo, evidenciando querer decirle algunas cosas importantes. Apenas hizo un gesto con la mano, el mencionado señor Jacobo y el arzobispo se retiraron muy alejados de nosotros. Enseguida empecé a decir:

—Beatísimo padre, desde el día del saqueo no me he podido confesar ni comulgar, porque no me quieren absolver. El caso es el siguiente, que cuando yo fundí el oro y me preocupé por desgastar aquellas joyas, Vuestra Santidad le ordenó al Cavalierino que me pagara algo por mi trabajo; y él no sólo no me dio nada, sino que me injurió. Habiendo regresado arriba, donde había fundido el mencionado oro, al quitar las cenizas encontré alrededor de una libra y media de oro en granitos como panizo; y como no tenía tanto dinero como para poder regresar dignamente a mi casa, pensé utilizar aquél y devolverlo luego cuando tuviera la posibilidad. Ahora estoy aquí, a los pies de Vuestra Santidad, la cual es el verdadero confesor; y ella me conceda la gracia de darme la licencia para que me pueda confesar y comulgar, y mediante la gracia de Vuestra Santidad yo recobre la gracia de Dios, mi Señor.

Entonces el Papa, con un modesto suspiro y tal vez acordándose de sus anteriores tribulaciones, dijo estas palabras:

—Benvenuto, estoy convencido de que lo que dices es cierto, y por ello te puedo absolver de todo lo malo que hayas hecho; pero quiero más y debes hablar libremente y con buen ánimo por encima de todo, pues aunque te hubieras quedado con el valor de una de aquellas tiaras, estoy muy dispuesto a perdonarte.

Entonces yo dije:

—No me quedé con más, beatísimo padre, de lo que ya he dicho; y ello no llegó al valor de ciento cuarenta ducados, que es lo que me dieron en la ceca de Perusa, y con ellos fui a consolar a mi pobre y anciano padre.

Dijo el Papa:

—Tu padre ha sido tan virtuoso, bueno y honrado como nunca nació persona igual, y tú no degeneras; mucho lamen-

to que los dineros fueran pocos, pero estos que tú dices te los regalo y te lo perdono todo. Da fe de esto al confesor, si no hay nada más que a mí me incumba; luego, una vez te hayas confesado y comulgado, déjate ver de nuevo y no te arrepentirás.

Alejado del Papa, se acercaron el mencionado señor Jacobo y el arzobispo, y el Papa habló tan bien de mí como no se puede hablar de otro hombre en el mundo; y dijo que me había confesado y absuelto; luego añadió, dirigiéndose al arzobispo de Mantua, que mandara por mí y me preguntara si era menester alguna cosa más para aquel caso, que me absolviera de todo, pues le daba completa autoridad para ello, y que me agasajara cuanto pudiera. Mientras me alejaba con el maestro Jacopino, con morbosa curiosidad me preguntaba cuáles eran los secretos y largos razonamientos que yo había mantenido con el Papa; y como me lo preguntó más de dos veces, le dije que no se lo quería decir porque no eran cosas que le interesaban; y que no me lo preguntara más. Fui a hacer todo lo que había quedado con el Papa; luego, pasadas las dos fiestas, lo fui a visitar; y él, agasajándome más que en la ocasión anterior, me dijo: «Si hubieras venido un poco antes a Roma, te habría hecho rehacer las dos tiaras aquellas que desmontamos en Castillo; pero como son cosas, a excepción de las joyas, de poco valor, te emplearé en una obra de grandísima importancia, donde podrás mostrar lo que sabes hacer. Se trata del botón de la capa pluvial (el cual se hace redondo a modo de tajador, y grande como un tajador de un tercio de brazo); en él quiero que figure un Dios Padre en mediorrelieve, y en el centro quiero colocar esta bella punta del diamante grande con otras muchas joyas de grandísima importancia. Ya empezó uno Caradosso y no lo terminó nunca; éste quiero que esté terminado enseguida; porque quiero disfrutarlo aunque sea poco tiempo; de manera que empiezas, y hazme un buen modelito». Y me hizo mostrar todas las joyas; y yo fui derecho a empezar mi trabajo.

XLIV

Mientras duraba el asedio de Florencia, Federigo Ginori, para quien yo había hecho la medalla del Atlante, se murió tísico; y la medalla fue a parar a manos del señor Luis Alamanni, el cual, al cabo de poco tiempo, la llevó en persona al rey Francisco de Francia, con algunos escritos suyos bellísimos. Como aquella medalla le gustó sobremanera al rey, el virtuosísimo señor Luis Alamanni habló de mí con Su Majestad, con palabras sobre mi persona y mi arte con tanta predisposición, que el rey mostró tener deseos de conocerme. Con toda la diligencia de que yo era capaz me aplicaba en aquel modelito, que hacía del mismo tamaño que debía tener la obra, mientras se ofendían muchos orfebres del gremio que se consideraban aptos para hacerlo también ellos. Había llegado a Roma un tal Micheletto, hombre muy hábil en tallar cornalinas (también era un expertísimo joyero, hombre anciano y de gran reputación), que se había ocupado de las dos tiaras del Papa; al hacer yo aquel modelo, mucho se maravilló de que no hubiera ido a visitarle, siendo él hombre tan experto y con influencia sobre el Papa. Al final, al ver que yo no iba a verle, vino a verme él, y me preguntó qué es lo que estaba haciendo.

—Lo que me ha ordenado el Papa —le respondí.

Entonces dijo:

—El Papa me ha encargado que revise todas las cosas que se hacen para Su Santidad.

A lo que yo le dije que primero se lo presentaría al Papa, y luego sabría qué debería responderle. Me dijo que me arrepentiría, y se fue muy enojado. Se reunió con todos los del gremio y, hablando sobre el asunto, todos acordaron encargarle el trabajo al mencionado Micheletto; el cual, con su buen ingenio, encargó a varios buenos dibujantes más de treinta dibujos, todos distintos, de aquel trabajo. Y como podía hacerse escuchar por el Papa, se puso de acuerdo con otro

joyero que se llamaba Pompeo, milanés (éste era muy favorecido por el Papa, y era pariente del señor Traiano, primer camarero del Papa), y ambos, es decir Micheletto y Pompeo, empezaron a decirle al Papa que habían visto mi modelo y que a ellos les parecía que yo no era capaz de una empresa tan admirable. A esto, el Papa dijo que él también debía verlo; después, si yo no era capaz, se buscaría quien sí lo fuera. Dijeron los dos que disponían de algunos admirables dibujos sobre la obra; a lo que el Papa les dijo que se alegraba mucho, pero que él no quería verlos antes de que yo tuviera acabado mi modelo; a continuación lo vería todo junto. Al cabo de pocos días, terminé mi modelo, y una mañana se lo llevé al Papa. Aquel señor Traiano me hizo esperar, y entre tanto, mandó a toda prisa por Micheletto y Pompeo, diciéndoles que trajeran los dibujos. Cuando llegaron, fuimos introducidos; enseguida Micheletto y Pompeo empezaron a desplegar sus dibujos y el Papa a contemplarlos. Y como los dibujantes que no son del gremio de la joyería no conocen la colocación de las joyas, ni se la habían enseñado a ellos los que eran joyeros (porque un joyero tiene la obligación, cuando entre sus joyas aparecen figuras, de saber dibujar o de lo contrario no hará nada bueno), resultó que en todos aquellos dibujos habían colocado aquel maravilloso diamante en medio del pecho de Dios Padre. El Papa, que era persona de gran talento, al ver aquello no cesaba de alegrarse; y cuando hubo visto unos diez, tiró los demás al suelo y me dijo a mí, que estaba allí al lado: «Trae aquí tu modelo, Benvenuto, para que pueda ver si has caído en el mismo error que éstos». Yo me adelanté, abrí una cajita redonda y pareció que un resplandor iluminase los ojos del Papa; el cual dijo en voz muy alta: «Si hubieras estado dentro de mí, no lo habrías hecho de manera distinta a como lo estoy viendo». Se acercaron muchos grandes señores y el Papa les mostró la diferencia entre mi modelo y sus dibujos. Cuando lo hubo alabado mucho, y aquéllos estaban asustados y atontados, se dirigió a mí y me dijo:

—Veo aquí un peligro de suma importancia. Benvenuto mío, la cera es fácil de trabajar; lo importante es hacerlo de oro.

A estas palabras respondí valientemente diciendo:

—Beatísimo padre, si no lo hago diez veces mejor que este modelo, quede acordado que vos no me lo paguéis.

Ante estas palabras, se levantó un gran murmullo entre aquellos señores, pues decían que yo prometía mucho. Había entre aquellos señores un grandísimo filósofo, el cual dijo en mi favor:

—Por la bella fisonomía y simetría del cuerpo que veo en este joven, creo en todo lo que dice, y de sobras.

El Papa dijo:

—Yo también lo creo así.

Llamó a su camarero, el señor Traiano, y le dijo que trajera quinientos ducados de oro de la cámara. Mientras se esperaban los ducados, el Papa, más tranquilo, consideraba la bella manera como había combinado el diamante con la figura del Dios Padre. El diamante lo había colocado en medio de la obra, y encima del diamante había colocado al Dios Padre sentado, con un movimiento que creaba una armonía bellísima y no ocultaba la joya para nada; alzaba la mano derecha, que daba la bendición. Debajo del diamante había colocado a tres amorcillos, que con los brazos en alto lo sostenían. Uno de los amorcillos, el de en medio, era a todorrelieve; los dos restantes a mediorrelieve. Alrededor había gran número de amorcillos colocados con bellas joyas. El resto del Dios Padre tenía un manto que medio volaba, del cual surgían muchos angelitos con otros bellos ornamentos que eran muy hermosos de contemplar. La obra estaba realizada con un estuco blanco, sobre una piedra negra. Cuando llegaron los dineros, el Papa me los dio de su mano, y con gran afabilidad me rogó que me apresurara para que él pudiera tenerlo en vida; y que no me arrepentiría.

XLV

Me llevé los dineros y el modelo y me pareció un siglo antes de ponerme manos a la obra. Empecé a trabajar enseguida con gran diligencia, y al cabo de ocho días el Papa me mandó decir a través de un camarero suyo, excelente gentilhombre boloñés, que fuera a verlo y enseñarle lo que había trabajado. Mientras íbamos al palacio, el mencionado camarero, que era la persona más gentil que había en aquella corte, me decía que el Papa no sólo quería ver aquella obra, sino que me quería encargar otra de grandísima importancia; se trataba de los cuños de las monedas de la ceca de Roma; y que me preparara para poder responder a Su Santidad, por lo cual me lo advertía. Llegados ante el Papa, destapé aquella plancha de oro donde ya se hallaba esculpido sólo el Padre eterno, el cual, esbozado apenas, mostraba más belleza que el modelo de cera; y el Papa, estupefacto, dijo: «A partir de ahora pienso creer todo lo que me digas», y tras hacerme enormes elogios, dijo: «Quiero encargarte otro trabajo que me agradaría tanto como éste y aún más, si tuvieras valor para ello». Y me dijo que le placería hacer los cuños de sus monedas, y me preguntó si yo había hecho algunos, y si me atrevía a hacerlos; yo le dije que me atrevía a hacerlos, y que había visto cómo se hacían, pero que nunca los había hecho. Estando allí un tal señor Tomás de Prato, datario de Su Santidad, por ser muy amigo de mis enemigos, dijo: «Beatísimo Padre, los favores que Vuestra Santidad concede a este joven, unidos a su naturaleza atrevidísima, son motivo para que él os prometa un montón de cosas nuevas; si bien el haberle encargado una obra tan grande, y ahora el añadir otra mayor, serán la causa de que se estorben una con la otra». El Papa, enojado, se volvió y le dijo que se preocupara de su oficio; y a mí me ordenó que hiciera el modelo de un doblón grande, de oro, en el cual quería que apareciera un Cristo desnudo con las manos atadas, y unas letras que dijese:

«Ecce homo»; y un reverso donde hubiera un Papa y un emperador que levantasen, juntos, una cruz que parecía estar cayendo, con letras que dijeran: «Unus spiritus et una fides erat in eis»¹². Cuando el Papa me hubo encargado aquella hermosa moneda, llegó el escultor Bandinello, al cual todavía no le habían hecho caballero, y con su habitual presunción vestida de ignorancia, dijo: «A estos orfebres hay que hacerles los dibujos para esas cosas bellas». Yo me volví enseguida hacia él y le dije que no necesitaba sus dibujos para mi arte; pero que esperaba que con el tiempo mis dibujos causasen pesar a su arte. Agradaron al Papa tanto aquellas palabras, como no se puede ni imaginar, y dirigiéndose a mí, dijo: «Vete ya, Benvenuto mío, y preocúpate de servirme con diligencia y no hagas caso de las palabras de este loco». Me marché y con gran presteza hice dos moldes de hierro con los que acuñé una moneda de oro; y un domingo, después de la comida, llevé la moneda y los moldes al Papa, que al verla se quedó maravillado y contento, no sólo por la belleza de la obra, que le entusiasmaba muchísimo, sino por la rapidez con que la había hecho. Y para aumentar el agrado y la maravilla del Papa, me había traído conmigo todas las viejas monedas que habían hecho tiempo atrás los hábiles hombres que habían servido al papa Julio y al papa León; y al ver que las mías le gustaban más, me saqué del pecho un decreto en el cual yo pedía aquel cargo de maestro acuñador de la ceca; cargo que me proporcionaba una paga de seis escudos de oro al mes; y los moldes eran pagados por el director de la ceca, que daba tres por ducado. Cogiendo el Papa mi decreto, se volvió y se lo dio en mano al datario, diciéndole que me lo despachase enseguida. El datario agarró el decreto y quiso metérselo en el bolsillo, diciendo:

—Beatísimo padre, no corra Vuestra Santidad con tanta furia; éstas son cosas que merecen alguna consideración.

12. «Un mismo espíritu y una misma fe estaban en ellos.»

Entonces el Papa dijo:

—Ya os comprendo; dadme acá este decreto. —Y agarrándolo, acto seguido lo firmó de su mano; luego se lo volvió a dar y dijo—: Ahora ya no hay más réplica; despachadlo pronto, porque así lo quiero; que valen más los zapatos de Benvenuto que los ojos de todos estos zoquetes.

Y tras haber dado las gracias a Su Santidad, grandemente contento me fui a trabajar.

XLVI

Todavía trabajaba en la tienda del antes mencionado Raffaelo del Moro. Este hombre de bien tenía una bella hijita, para la cual él había pensado en mí; y yo, habiéndolo comprendido, deseaba tal cosa, pero si bien tenía ese deseo, no lo demostraba por nada del mundo; antes bien, era tan comedido que todos ellos se maravillaban. Sucedió que a aquella pobre jovencita le apareció una enfermedad en la mano derecha, que le había podrido los dos huesecitos que siguen al dedo meñique y el que está junto al meñique. Y la pobre chica era medicada, por descuido del padre, por un medicastro ignorante, el cual dijo que aquella pobre chica quedaría inválida de todo el brazo derecho, si no le pasaba algo peor. Al ver yo al padre tan asustado, le dije que no creyese todo lo que decía aquel médico ignorante. Y él me dijo que no tenía ningún amigo entre los médicos cirujanos, y me rogaba que si yo conocía a alguno se lo enviase. Enseguida hice ir a un tal maestro Jacobo, perusino, hombre muy excelente en cirugía; y cuando hubo visto a la pobre jovencita, que estaba muy asustada porque debía de haber presentado lo que le había dicho aquel médico ignorante, este médico inteligente dijo que no sufriría daño alguno y que podría utilizar perfectamente su mano derecha; y aunque los últimos dos dedos fueran un poco más débiles que los demás, esto no supon-

dría que debiera sufrir ninguna molestia. Y empezando a medicarla, al cabo de pocos días quiso eliminar un poco de infección de aquellos huesecitos; el padre me llamó para que yo también fuera a ver un poco el daño que a aquella hijita se le debía hacer. Por lo que el mencionado maestro Jacobo cogió unos hierros gruesos; y al ver que con aquellos hacía poco trabajo y mucho daño a la chiquilla, le dije al maestro que se detuviera y que me esperara un octavo de hora. Corrí al taller e hice una herramienta de acero finísimo y torcido que podía afeitar. De nuevo con el maestro, empezó a trabajar con tanta delicadeza que ella ya no sentía dolor, y al cabo de poco rato hubo terminado. Por esto, y otras cosas más, aquel hombre de bien me llegó a querer más que a sus dos hijos varones, y se dedicó a cuidar a su bella hijita. Tenía gran amistad con un cierto señor Juan Gaddi, el cual era clérigo de cámara; este señor Juan se deleitaba mucho con las artes, a pesar de que él no tenía ninguna. Venían con él un tal señor Juan, griego, grandísimo literato; un señor Lodovico da Fano, parecido al anterior, literato; el señor Antonio Allegretti y el entonces joven Aníbal Caro. Los de fuera de casa éramos el señor Bastiano, veneciano, excelentísimo pintor, y yo; y casi todos los días nos veíamos con el señor Juan. Debido a esta amistad, aquel hombre de bien de Rafael, orfebre, le dijo al mencionado señor Juan:

—Querido señor Juan, vos me conocéis; y como yo querría dar en matrimonio a mi hijita a Benvenuto y no encuentro mejor mediador que Vuestra Señoría, os ruego que me ayudéis, y vos mismo, de mi patrimonio, le hagáis la dote que a ella le plazca.

Aquel hombre tontaina no dejó siquiera que terminase de hablar aquel pobre hombre honrado, y sin ton ni son le dijo:

—No habléis de eso, Rafael, porque estáis tomando el rábano por las hojas.

El pobre hombre, muy afligido, intentó casarla enseguida; y conmigo la madre y todos estaban muy enfurruñados, y yo

no sabía el porqué; me pareció que me pagaban con mala moneda todas las atenciones que yo había tenido con ellos, por lo que decidí abrir una tienda cerca de la suya. El mencionado señor Juan no me dijo nada hasta que la mencionada jovencita estuvo casada, lo que ocurrió a los pocos meses. Me dedicaba con afán a terminar mi obra y a servir a la ceca, pues de nuevo el Papa me encargó una moneda del valor de dos carlinos, en la cual figuraba el retrato de la cabeza de Su Santidad, y en el reverso un Cristo sobre el mar, que daba la mano a San Pedro, con letras alrededor que decían: «Quare dubitasti?»¹³. Gustó tanto esta moneda que cierto secretario del Papa llamado Sanga, hombre de grandísima virtud, dijo:

—Vuestra Santidad puede gloriarse de tener una clase de monedas que no tuvieron los antiguos con todas sus pompas.

A esto respondió el Papa:

—Pero también Benvenuto puede gloriarse de servir a un emperador como yo, que le comprendo.

Seguí trabajando en la gran obra de oro y a menudo se la enseñaba al Papa, tal como él me lo pedía, y cada día se maravillaba más.

XLVII

Estaba mi hermano en Roma al servicio del duque Alejandro, al cual en aquel tiempo el Papa le había procurado el ducado de Penna (estaban al servicio de este duque muchísimos soldados, hombres de bien, valientes de la escuela del grandísimo señor Giovanni de Medici; y mi hermano estaba entre ellos y el duque lo consideraba de los más valientes). Estaba mi hermano un día, después de comer, en Banchi, en la tienda de un tal Baccino della Croce, donde todos aquellos

13. «¿Por qué has dudado?»

osados confraternizaban; se había sentado en una silla y dormía. En esto pasó la corte del alguacil, la cual llevaba preso a un tal capitán Cristi, lombardo, también él de la escuela del gran señor Giovannino, aunque ya no estaba al servicio del duque. En la tienda del mencionado Baccino della Croce se hallaba el capitán Cattivanza degli Strozzi. Al ver el capitán Cristi al capitán Cattivanza degli Strozzi, le dijo: «Yo os traía aquellos escudos que os debía; si los queréis, venid por ellos antes que se vayan a la prisión conmigo». Le gustaba mucho a este capitán provocar a los demás, sin temor de ponerse a prueba, por lo que hallándose en presencia de ciertos jóvenes atrevidísimos pero con más buena voluntad que fuerza para una tal empresa, les dijo que se acercaran al capitán Cristi y se hicieran entregar su dinero, y que si la compañía oponía resistencia la forzasen si tenían el suficiente coraje. Estos jóvenes eran sólo cuatro, los cuatro imberbes; el primero se llamaba Bertino Aldobrandi, el otro Anguilotto dal Ducca, de los otros dos no me acuerdo del nombre. Bertino había sido educado por mi hermano como verdadero discípulo suyo, y mi hermano le quería con tan desmesurado amor como no puede imaginarse. He aquí que los cuatro osados jóvenes se acercaron a la compañía del alguacil, la cual estaba integrada por más de cincuenta esbirros con picas, arcabuces y espadones a dos manos. Para ser breve, se echó mano a las armas, y aquellos cuatro jóvenes acorralaron tan increíblemente a la compañía, que si el capitán Cattivanza se hubiera movido sólo un poco, sin meter mano a las armas, aquellos jóvenes habrían ahuyentado a la compañía; pero al aflojar un poco, Bertino recibió heridas de importancia que le hicieron derrumbarse. También Anguilotto al mismo tiempo fue herido en el brazo derecho, lo que le impedía sostener la espada y tuvo que retirarse lo mejor que pudo; los demás hicieron lo mismo; Bertino Aldobrandi fue levantado del suelo muy malherido.

XLVIII

Mientras ocurría todo esto, nosotros estábamos en la mesa porque habíamos comido una hora más tarde que de costumbre. Al oír aquellos ruidos, uno de los hijos de la casa, el mayor, se levantó de la mesa para ir a ver aquella contienda. Se llamaba Juan, y yo le dije: «Por favor, no vayas, porque en tales cosas siempre es segura la pérdida, sin la menor ganancia». Lo mismo le decía su padre: «Ay, hijo mío, no vayas». Pero aquel joven, sin hacer caso a nadie, bajó corriendo por la escalera. Llegado a Banchi, donde había la gran reyerta, vio cómo levantaban a Bertino del suelo y se volvió corriendo, y encontró a Cecchino, mi hermano, y él le preguntó qué estaba pasando. Algunos habían advertido a Juan que no le dijera nada a Cecchino, pero él, medio delirando, le dijo que Bertino Aldobrandi había sido asesinado por la compañía. Mi hermano lanzó un alarido tan grande que se hubiera oído a diez millas de distancia; luego le preguntó a Juan: «¡Ay de mí! ¿Sabrás decirme cuál de ellos me lo ha matado?». Juan dijo que sí, que era uno de aquellos que llevaba un espadón a dos manos, con una pluma azul en el gorro. Se adelantó mi pobre hermano y reconoció al homicida gracias al indicio; se lanzó con toda su maravillosa prestancia y bravura contra toda aquella guardia, y sin que nadie lo pudiera evitar, le lanzó una estocada en la tripa que lo atravesó de un lado al otro y con la guarnición de la espada lo echó al suelo; se volvió hacia los demás con tanta osadía y atrevimiento que él solo a todos ahuyentaba; pero al volverse para atacar a un arcabucero, que había disparado el arcabuz para defenderse, recibió el tiro el valeroso y desventurado joven encima de la rodilla de la pierna derecha; lo pusieron en el suelo y la guardia, medio en fuga, sólo pensaba en marcharse para que no apareciera uno semejante a él. Como oía proseguir el tumulto, también yo me levanté de la mesa, me coloqué la espada al cinto, pues todo el mundo en aquella época la lleva-

ba, y al llegar al Ponte Sant'Agnolo vi un grupo de muchos hombres; por lo que me adelanté y, reconocido por alguno de ellos, me abrieron paso y me mostraron lo que no habría querido ver, por más que tenía gran curiosidad de ver. A primera vista no lo reconocí, por ir vestido con atuendos distintos a los que le había visto poco antes; de manera que, reconociéndome él a mí primero, dijo:

—Queridísimo hermano, no te aflija mi gran desgracia, porque mi profesión me anunciaba ya una cosa parecida; haz que me lleven pronto fuera de aquí, porque me quedan pocas horas de vida.

Me contaron los demás lo ocurrido mientras él me hablaba, y con la brevedad que permite tal tipo de accidentes, le contesté:

—Hermano, éste es el mayor dolor y el mayor disgusto que me podía ocurrir a lo largo de toda mi vida; pero puedes estar convencido de que antes de que pierdas la vista, quien te ha herido verá tu venganza de mis propias manos.

Sus palabras y las mías fueron de esta guisa, pero brevísimas.

XLIX

La guardia estaba apartada de nosotros cincuenta pasos, porque Maffeo, que era su alguacil, había hecho regresar a una parte de ella para llevarse al cabo que mi hermano había matado; de manera que, tras haber caminado velozmente aquellos pasos envuelto y embozado en la capa, había llegado junto a Maffeo, y con toda seguridad lo hubiera matado, pues aunque hubiera mucha gente yo me habría abierto paso entre ella. Con la mayor prestancia que uno pueda imaginar, ya había desenvainado la espada cuando me agarró los brazos por detrás Berlinghier Berlinghieri, joven valerosísimo y gran amigo mío, que estaba allá con cuatro jóvenes

iguales que él, los cuales le dijeron a Maffeo: «Lárgate, que éste solo puede matarte». Preguntando Maffeo: «¿Quién es éste?», le contestaron: «Éste es el hermano carnal de aquel joven que ves allá». No queriendo saber nada más, se retiró a toda prisa a la Torre di Nona, y a mí me dijeron: «Benvenuto, el impedimento que te hemos hecho contra tu voluntad ha sido hecho por tu bien; ahora vayamos a socorrer a quien no tardará mucho en morir». Dando la vuelta fuimos a donde estaba mi hermano, a quien habían llevado a una casa. Acto seguido se celebró una reunión de médicos; lo medicaron sin decidir cortarle la pierna, pues tal vez se habría salvado. Una vez fue curado, apareció allí el duque Alejandro, el cual lo agasajó mucho; todavía estaba en sí mi hermano y le dijo al duque Alejandro: «Señor mío, lo único que lamento es que Vuestra Excelencia pierda a un servidor como yo; pues aunque podría Vuestra Excelencia encontrar a otros más valiosos en nuestra profesión, no os servirían con tanto amor y fe como yo lo hacía». El duque le dijo que se las apañase para vivir; por lo demás, lo conocía como hombre de bien y valeroso. Después, se dirigió a algunos de su servicio, encargándoles que no le faltara nada a aquel joven valeroso. Cuando el duque hubo salido, la abundancia de la sangre que no paraba de manar fue la causa de que perdiera el juicio; de manera que pasó toda la noche siguiente desvariando, menos cuando se le quiso dar la comunión. Dijo: «Vos hicisteis bien en confesarme antes; ahora este sacramento divino no lo puedo recibir en este cuerpo arruinado; contentaos con que lo guste sólo con la divinidad de los ojos, de los cuales será recibido por mi alma inmortal, y ella sola le pide misericordia y perdón». Acabadas estas palabras, llevado fuera el sacramento, enseguida volvió a las mismas locuras de antes, las cuales consistían en los gestos más violentos y en las palabras más horrendas que nunca pudieron imaginar los humanos; y así estuvo toda la noche hasta el amanecer. Cuando el sol se alejó de nuestro horizonte, se dirigió a mí y me dijo:

«Hermano mío, ya no quiero seguir aquí, porque éstos me obligarán a hacer alguna cosa terrible, para arrepentirse después por haberme hecho sufrir», y agitando una pierna tras otra, aunque le habíamos colocado la herida en una caja muy pesada, las puso como si fuera a montar a caballo; volviendo hacia mí el rostro, dijo tres veces: «Adiós, adiós...», y la última palabra se fue con aquella animadísima alma. Cuando llegó la hora apropiada, que fue al oscurecer, a las veintidós horas, lo hice enterrar con grandísimo honor en la iglesia de los Fiorentini, y luego le hice construir una bellísima lápida de mármol en la que fueron esculpidos algunos trofeos y banderas. No quiero pasar por alto que al preguntarle uno de sus amigos quién le había disparado el arcabuzazo y si él lo reconocería, él dijo que sí y le dio las señas; las cuales, por más que mi hermano había procurado que tales cosas yo no las oyera, entendí perfectamente y en su lugar se dirá lo que aconteció después.

L

Volviendo a la mencionada lápida, unos renombrados literatos que conocían a mi hermano me compusieron un epigrama, diciéndome que era digno de un joven tan admirable como él; y decía lo siguiente: «Francisco Cellino Florentino, quid quod in teneris annis ad Ioannem Medicem ducem plures victorias retulit et signifer fuit, facile documentum dedit quantae fortitudinis et consilii vir futurus erat, ni crudelis fati archibuso transfossus quinto aetatis lustro jaceret, Benvenutus frater posuit. Obiit die XXVII Maii MDXXIX»¹⁴. Tenía veinticinco años de edad; y como los soldados lo llama-

14. «A Francesco Cellini, florentino, el cual, al conseguir numerosas victorias en sus tiernos años bajo Giovanni de Medici, y ser su alfil, dio fácil prueba de cuánta fuerza y de cuánto tino habría sido capaz si, herido por

ban Cecchino del Piffero, cuando su verdadero nombre era Giovanfrancesco Cellini, yo quise poner bajo nuestras armas el nombre propio con el que era conocido. Este nombre yo lo había mandado esculpir con bellísimas letras antiguas, las cuales había ordenado hacer todas rotas, salvo la primera y la última. Sobre el porqué de las letras rotas fui preguntado por aquellos literatos que me habían compuesto el bello epigrama. Les dije que aquellas letras estaban rotas porque aquel instrumento admirable de su cuerpo estaba estropeado y muerto; y aquellas dos letras enteras, la primera y la última, eran la primera la memoria de aquella ganancia que era el regalo que nos hacía Dios al entregarnos nuestra alma, encendida por su divinidad y que nunca se resquebrajaba; la última estaba entera por la gloriosa fama de sus valerosas virtudes. Esto gustó muchísimo y posteriormente más de uno lo ha utilizado también. Después mandé esculpir en la lápida nuestras armas, las de los Cellini, las cuales cambié un poco de las verdaderas; porque en Ravena, que es ciudad antiquísima, puede verse cómo nuestros Cellini, honradísimos caballeros, tienen por armas un león rampante de color de oro en campo azul, con un lirio rojo colocado en la garra derecha, y encima el rastrillo con tres pequeños lirios de oro. Éstas son las verdaderas armas de los Cellini. Mi padre me las había enseñado y había una garra sola, con todo el resto de las cosas que he dicho; pero a mí me gustaría más que se adoptasen las de los Cellini de Ravena mencionadas. Volviendo a las que puse en el sepulcro de mi hermano, había una garra de león, y en lugar del lirio le puse un hacha en la mano, con el campo de armas dividido en cuatro cuarteles; y el hacha que puse sólo lo hice para que no se me olvidara vengarle.

el destino cruel de un arcabuz, no hubiera fallecido en su quinto lustro. Su hermano Benvenuto lo colocó. Murió el 27 de mayo de 1529.»

LI

Me esforzaba con gran ahínco en terminar la obra de oro para el papa Clemente, quien la anhelaba grandemente, y me mandaba llamar dos o tres veces por semana para ver la obra, y cada vez le gustaba más; y en numerosas ocasiones me reprendió, casi a gritos, por mi gran desolación a causa de la muerte de mi hermano; y un día, viéndome deprimido y más pálido de lo normal, me dijo: «¡Ah, Benvenuto! No sabía que estuvieras loco; ¿no sabías antes de ahora que no hay remedio para la muerte? Estás buscando ir tras ella». Tras dejar al Papa, fui a continuar la obra y los moldes de la ceca, y como enamorada había escogido el devanarme los sesos con el arcabucero que le había disparado a mi hermano. Había sido soldado de caballería; después había ingresado como arcabucero en el número de los cabos de escuadra con el alguacil; y lo que más me exasperaba era que se vanagloriaba de lo que había hecho de esta manera: «Si no llega a ser por mí, que maté a aquel joven osado, un poco más y nos da un disgusto y nos ahuyenta a todos». Reconociendo que la pasión de verlo tan a menudo me quitaba el sueño y las ganas de comer, y me llevaba por el mal camino, sin preocuparme de acometer una empresa tan ruin y en absoluto loable, una noche me dispuse a querer salir de tanta angustia. Aquel hombre tenía la casa cerca de un lugar llamado Torre Sanguigna, junto a una casa donde se alojaba una cortesana de las más favoritas de Roma, que se llamaba señora Antea. Habían dado apenas las veinticuatro horas, y aquel arcabucero estaba en su puerta con la espada en la mano, y había cenado. Yo con gran destreza me acerqué a él con un gran cuchillo de monte y le tiré un revés, pensando cortarle el cuello de un tajo; pero se volvió raudísimo y el golpe le dio en la punta del hombro izquierdo. Le rompió el hueso; se levantó y dejando la espada acongojado por el gran dolor, se echó a correr; lo perseguí, lo alcancé con cuatro pasos y levantando el cuchillo sobre su cabeza, al tiempo que él la bajaba fuertemente, se

lo clavé en el mismo hueso del cuello y en mitad del pescuezo. Y entró tan adentro el cuchillo que yo, por más fuerza que hacía para recuperarlo, no pude; y de la mencionada casa de Antea salieron fuera cuatro soldados empuñando las espadas, de manera que me vi forzado a meter mano a mi espada para defenderme de ellos. Dejando el cuchillo, huí de allí, y por miedo a ser reconocido me dirigí a casa del duque Alejandro, que vivía entre la plaza Navona y la Rotonda. Cuando llegué, mandé avisar al duque, el cual me dio a entender que si lo había hecho yo solo, debía quedarme quieto y no temer nada; y que me fuera a seguir trabajando en la obra para el Papa, que tanto la deseaba, y que no saliera de casa en ocho días. Aún más hube de hacerlo, ya que llegaron aquellos soldados que me habían estorbado, los cuales llevaban el cuchillo en la mano, y contaban tal como había sucedido la cosa, y la enorme fatiga que les había costado sacar aquel puñal del hueso del cuello y de la cabeza del hombre, que no sabían quién era. En esto llegó Juan Bandini, y les dijo: «Este puñal es mío, y se lo presté a Benvenuto, que quería vengar a su hermano». Hubo muchas palabras entre aquellos soldados, y lamentaron haberme estorbado, por más que la venganza se había cumplido en grado superlativo. Pasaron más de ocho días y el Papa me mandó llamar como solía hacer. Luego me hizo llamar por aquel gentil-hombre boloñés del que ya hablé, camarero suyo, quien me dio a entender con gran modestia que el Papa lo sabía todo, y que Su Santidad me quería mucho; y que me dedicara a trabajar y me estuviera quieto. En presencia del Papa, éste me miró de reojo y con la sola mirada me echó una bronca terrible; luego, cuando vio la obra, empezó a tranquilizársele el rostro y me alabó a rabiar, diciéndome que había realizado un trabajo enorme en tan poco tiempo; a continuación me miró a la cara y me dijo: «Ahora que ya estás curado, Benvenuto, ¡dedícate a vivir!», y yo, que lo comprendí, dije que así lo haría. Abrí enseguida una tienda bellísima en Banchi, enfrente del mencionado Rafael, y allí terminé aquella obra pocos meses después.

LII

El Papa me mandó todas las joyas, a excepción del diamante, que por algunas necesidades suyas había empeñado con algunos banqueros genoveses; tenía todas las joyas y de aquel diamante sólo la forma. Tenía cinco oficiales buenísimos y además de esta obra realizaba muchos trabajos; de manera que la tienda estaba repleta de obras de mucho valor, de joyas, de oro y de plata. Tenía en casa un perro de pelo largo, grandísimo y muy bonito, que me había regalado el duque Lessandro; y si bien este perro era bueno para la caza y me cobraba toda clase de pájaros y otros animales que yo pudiera matar con el arcabuz, como guardián de una casa era algo extraordinario. Me ocurrió en aquel tiempo, permitiéndomelo la edad en la que me hallaba, que era de veintinueve años, que había tomado por sirvienta a una joven de bellísimas formas y gracias; me servía, retratándola, para mis obras; también deleitaba a la juventud de mis deseos carnales. Por lo que yo tenía mi alcoba muy alejada de la de mis oficiales y muy distante de la tienda, y estaba comunicada con la de aquella sirvienta mediante una puertecilla. Y como muy a menudo gozaba de ella (y aunque yo tengo el sueño más ligero que cualquier otra persona en el mundo, en las ocasiones del goce de la carne algunas veces se me hace muy pesado y profundo), aconteció que una de las noches, habiendo sido vigilado por un ladrón, el cual bajo la excusa de decir que era orfebre echó el ojo a aquellas joyas y decidió robármelas, descerrajó la tienda y encontró muchos trabajos en oro y plata. Como se entretenía en descerrajar algunas arquitas para encontrar las joyas que había visto, el mencionado perro se le echó encima y él se defendió como pudo; de manera que en repetidas ocasiones el perro corrió por la casa y entró en las habitaciones de los oficiales, que estaban abiertas por ser verano. Luego, al ver que no querían oír ladrar, les quitó sus colchas; como todavía no se enteraban, los agarraba por el brazo, ora al uno, ora al otro, hasta que por

fuerza los despertó, y ladrando de aquella manera espantosa les mostraba el camino, corriendo él delante. Y viendo que ellos no le querían seguir, ya que enojados aquellos traidores le tiraban al perro piedras y bastones (y esto lo podían hacer porque yo había dado la orden de que tuvieran la luz encendida toda la noche), tras haber cerrado las habitaciones, el perro perdió la esperanza de ser ayudado por aquellos bellacos y decidió proseguir él solo la empresa; corrió abajo y, al no encontrarlo, salió a la calle a perseguirlo; y luchando con él, ya le había hecho pedazos la capa y se la había quitado, pero el ladrón pidió ayuda a unos sastres, y les dijo que por amor de Dios le ayudaran a defenderse de un perro rabioso; ellos, creyendo que aquello era verdad, salieron fuera y alejaron al perro con mucho trabajo. Cuando se hizo de día, bajaron los oficiales al taller y lo encontraron todo revuelto y abierto, con todas las arquitas rotas. Empezaron a gritar en voz alta: «¡Socorro, socorro!». Al oírlo, asustado por aquellos gritos, salí de mi habitación. Ellos salieron a mi encuentro y me dijeron:

—¡Desventurados de nosotros, que hemos sido robados por uno que lo ha roto y se lo ha llevado todo!

Aquellas palabras tuvieron tanta fuerza que me impidieron ir a mi arca a ver si dentro todavía estaban las joyas del Papa; pues a causa de aquella angustia, casi había perdido la luz de los ojos, por lo que les dije que ellos mismos abrieran el arcón y vieran cuántas joyas del Papa faltaban. Aquellos jóvenes iban todos en camisa, y cuando hubieron abierto el arcón y hubieron visto todas las joyas y la obra de oro entre ellas, alegrándose me dijeron:

—No ha ocurrido ninguna desgracia, puesto que las joyas y la obra están todas aquí; pero el hecho es que el ladrón nos ha dejado a todos en camisa a causa de que anoche, debido al terrible calor, todos nos desvestimos en el taller y en él dejamos nuestras ropas.

De pronto retornó mi ánimo a su lugar, y, dando gracias a Dios, dije:

—Id todos a vestiros de nuevo, y yo os pagaré todo lo que sea menester; luego veremos con más calma cómo ha sucedido esto.

Lo que más me dolía, y fue la causa de que me asustara y desmayara de manera tan poco habitual en mí, había sido el vislumbrar que tal vez la gente pensara que yo había urdido la ficción del ladrón sólo para robar las joyas. Y porque al papa Clemente, por una persona muy fiel y por muchas otras, entre las cuales estaba Francesco del Nero, Zana de Biliotti, su contable, y el obispo de Vasone, le fue dicho: «¿Cómo confiáis, Beatísimo padre, un valor tan grande de joyas a un joven que es todo fuego, que piensa más en las armas que en el arte y que todavía no tiene treinta años?». A lo que el Papa contestó si alguno de ellos sabía que yo hubiera hecho alguna vez algo que les hiciera sospechar de mí. Francesco del Nero, su tesorero, contestó enseguida diciendo: «No, Beatísimo padre, porque no ha tenido nunca ocasión de hacerlo». Esto fue lo que me causó mayor pesadumbre, y enseguida me vino a la memoria. Puesto que había dado la orden a los jóvenes de que se vistieran inmediatamente, tomé la obra junto con las joyas, colocándolas lo mejor que pude en su lugar, y con ellas me fui a ver al Papa, a quien Francesco del Nero le había dicho algo de aquella barahúnda que se había oído en mi taller, y había provocado sus sospechas. El Papa, imaginando una desgracia como primera cosa, me clavó una mirada terrible y dijo con voz altiva:

—¿Qué has venido a hacer aquí? ¿Qué ocurre?

—He aquí todas vuestras joyas y el oro, que no falta nada.

Entonces el Papa, con el rostro sereno, dijo:

—Siendo así, seas bienvenido.

Le mostré la obra y mientras él la examinaba, yo le conté todos los incidentes del ladrón y mis peripecias, y lo que más me había disgustado. Al oír aquellas palabras se volvía muchas veces para mirarme fijamente a la cara; y estaba presente Francesco del Nero, que parecía lamentar el haberse equi-

vocado. Finalmente, el Papa, echándose a reír por todo lo que había dicho, me dijo:

—Vete, y esfuérzate en ser hombre de bien, como ya sabía yo.

LIII

Esforzándome en aquella obra y trabajando sin interrupción para la ceca, empezaron a circular en Roma algunas monedas falsas acuñadas con mis propios cuños. Enseguida fueron llevadas al Papa; y habiéndole infundido sospechas contra mí, el Papa le dijo al director de la ceca, Jacobo Balducci:

—Procura por todos los medios encontrar al malhechor, porque sabemos que Benvenuto es hombre de bien.

Aquel director traidor, como era mi enemigo, dijo:

—Dios quiera, Beatísimo padre, que sea tal como vos decís; porque nosotros tenemos algunos indicios.

Entonces, el Papa se dirigió al gobernador de Roma y le dijo que se ocupara él de encontrar al malhechor. En aquellos días, el Papa mandó a buscarme; luego, con hábiles razonamientos, abordó el tema de las monedas, y muy a propósito me dijo: «Benvenuto, ¿tendrías el valor de hacer monedas falsas?». A lo que yo le contesté que pensaba que las haría mejor que todos los que se dedicaran a cosa tan vil; porque los que se dedican a tales embrollos no son hombres que sepan ganar dinero, ni son hombres de gran ingenio; y si yo con mi poco talento ganaba tanto que me sobraba, ya que cuando entregaba mis moldes para la ceca cada mañana, antes de comer, me tocaba ganar tres escudos por lo menos (pues ésta era siempre la costumbre del pago de los moldes de las monedas, y el estúpido del director de la ceca me tenía manía porque hubiera querido obtenerlos a un precio más bajo), y a mí me bastaba con lo que ganaba con la gracia de Dios y del mundo; y el hacer monedas falsas no me habría

permitido ganar tanto. El Papa comprendió perfectamente las palabras, y a los que había ordenado que con habilidad se preocuparan de que yo no me marchara de Roma les dijo que buscaran con diligencia y que no se preocuparan de mí, porque no habría querido disgustarme de modo que me apartara de él. A quien se lo encargó más encarecidamente fue a algunos clérigos de cámara, los cuales, efectuadas las diligencias pertinentes, porque a ellos también les importaba, lo encontraron enseguida. Era un acuñador de la propia ceca, que tenía como nombre Césari Macheroni, ciudadano romano; y también con él fue apresado un trabajador de la ceca.

LIV

Aquel mismo día, paseando yo por la plaza Navona, acompañado por mi hermoso perro de pelo largo, al llegar delante de la puerta del alguacil, mi perro, ladrando fuerte y con gran ímpetu, se lanzó a través de la puerta del alguacil contra un joven, detenido a instancias de un tal Donnino, orfebre de Parma, discípulo anteriormente de Caradosso, por haber tenido indicios de que él le había robado. Mi perro se esforzaba tanto por despedazar a aquel joven que conmovió a los esbirros, pues el audaz joven defendía bien sus argumentos. Donnino no daba suficientes razones para condenarlo; además había uno de aquellos cabos de escuadra de los esbirros que era genovés y conocía al padre del joven; de manera que entre el perro y los mencionados motivos, estaban a punto de soltar a aquel joven. Me acerqué, y el perro, que no temía ni a la espada ni a los bastones, se arrojó de nuevo contra aquel joven; y aquellos hombres me dijeron que si no sujetaba a mi perro, me lo matarían. Agarré al perro lo mejor que pude, y al envolverse el joven en la capa, se le cayeron unos envoltorios de la capucha; y Donnino reconoció que

eran cosas suyas. También yo reconocí un pequeño anillo; por lo que dije enseguida: «Este es el ladrón que descerrajó mi tienda y robó en ella, y mi perro lo reconoce», y, soltando al perro, se le lanzó de nuevo encima; a lo que el ladrón me suplicó, diciéndome que me devolvería lo que me había robado. Retirado el perro, el ladrón me devolvió el oro, la plata y los anillos que eran míos, y veinticinco escudos para resarcirme; luego volvió a pedirme perdón. A lo que le dije que se encomendase a Dios, porque yo no le había hecho ni bien ni mal. Y de nuevo en mis asuntos, al cabo de pocos días aquel Césari Macheroni de las monedas falsas fue ahorcado en Banchi, delante de la puerta de la ceca; su compañero fue enviado a galeras; el ladrón genovés fue ahorcado en Campo di Fiore; y yo me quedé con una fama de hombre de bien mayor que antes.

LV

Casi acabada mi obra, sobrevino aquella grandísima inundación que anegó toda Roma. Yo estaba observando lo que ocurría, ya entrado el día, sonaban las veintidós horas y las aguas crecían desmesuradamente. Y como mi casa y mi tienda daban por delante a Banchi, y por detrás subía el agua bastantes brazos porque se enfilaba hacia el monte Giordano, pensé en primer lugar en salvar mi vida, después en el honor; me puse todas las joyas encima y dejé la obra de oro en custodia a uno de mis oficiales, y descalzo bajé por las ventanas de atrás, y atravesé aquellas aguas lo mejor que pude hasta llegar a Monte Cavallo, donde me encontré al señor Juan Gaddi, clérigo de cámara, y a Bastiano, pintor veneciano. Acercándome al señor Juan, le di todas las joyas para que me las guardara; y él se ocupó de mí como si hubiera sido su hermano. Al cabo de pocos días, pasados los furores del agua, regresé a mi taller y acabé la mencionada

obra con tan buena suerte, mediante la gracia de Dios y de mis arduas fatigas, que fue considerada la obra más bella que jamás se había visto en Roma; de manera que cuando se la llevé al Papa no se cansaba de alabarla, y dijo: «Si yo fuera un emperador rico, le daría a mi Benvenuto tantas tierras como pudiera alcanzar su vista; pero como nosotros, hoy día, somos pobres emperadores fallidos, le daremos, a pesar de ello, tanto pan que le sea suficiente para sus pequeñas necesidades». Dejé terminar al Papa aquella retahíla de palabras y le pedí un cargo de macero que estaba vacante. A lo que el Papa me dijo que me quería dar algo de mucha mayor importancia. Contesté a Su Santidad que me concediera de momento aquella pequeñez, como señal. Echándose a reír dijo que estaba de acuerdo, pero que no quería que yo ejerciera el cargo; y que me pusiera de acuerdo con los compañeros maceros para no hacer el servicio, concediéndoles algún favor que ya le habían pedido al Papa y que consistía en poder disfrutar del derecho de rescatar sus rentas. Así fue hecho. Aquel cargo de macero me proporcionaba poco menos de doscientos escudos de renta al año.

LVI

Mientras yo servía al Papa en pequeños trabajos, me ordenó que le hiciera un dibujo para un cáliz riquísimo, del cual hice el dibujo y el modelo. El modelo era de madera y de cera; en lugar del botón del cáliz, había realizado tres figuritas de buen tamaño, redondas, que representaban la Fe, la Esperanza y la Caridad; en el pie había hecho, en correspondencia con ellas, tres historias en tres círculos en bajorrelieve; en una representé la natividad de Cristo; en la otra, la resurrección de Cristo; en la tercera, San Pedro crucificado, cabeza abajo; pues así me habían ordenado hacerlo. Avanzando en aquella obra, el Papa la quería ver muy a menudo; de mane-

ra que notando que Su Santidad no se había acordado más de darme nada, al quedar vacante una plaza de hermano del Plomo¹⁵, una noche se lo pedí. El buen Papa, no acordándose ya de la palabrería que había utilizado al finalizar la otra obra, me dijo: «El cargo del Plomo rinde más de ochocientos escudos, de manera que si te lo concediera te dedicarías a rascarte la barriga y el arte que tienes en las manos se perdería, y a mí me lo reprocharían». Enseguida contesté que las gatas de buena casta cazan mejor por gordura que por hambre; es por eso por lo que los hombres honrados están inclinados a las virtudes y mucho mejor las practican cuando tienen gran abundancia con que vivir; de manera que los príncipes mantienen en la abundancia a estos hombres.

—Sepa Vuestra Santidad que ellos riegan las virtudes; de lo contrario, las virtudes nacen flacas y roñosas; y sepa Vuestra Santidad que no lo pedí con la intención de obtenerlo. ¡Afortunado de mí si ya pude obtener aquel cargo de macero! En cuanto a éste, había sido imaginación mía. Vuestra Santidad hará bien no queriendo dármelo a mí; concedédselo a algún artista que se lo merezca y no a algún ignorantón que se dedique a rascarse la barriga, como dice Vuestra Santidad. Tomad ejemplo de la buena memoria del papa Julio, que un cargo igual se lo concedió a Bramante, excelentísimo arquitecto.

Acto seguido le hice una reverencia y me fui muy enfurecido. Se adelantó Bastiano, pintor veneciano, y dijo:

—Beatísimo padre, Vuestra Santidad se digne darlo a alguien que se dedique a las obras de arte; y como bien sabe Vuestra Santidad que yo también me dedico a ellas, le ruego que me lo conceda.

Contestó el Papa:

—Este diablo de Benvenuto no acepta las reprensiones. Estaba dispuesto a concedérselo, pero no está bien mostrarse

15. Uno de los cargos que ocupaba quien sellaba las bulas papales y ponía el piombo («plomo»); ocupado normalmente por frailes.

tan soberbio con un Papa; por ello todavía no sé lo que voy a hacer.

Acto seguido se adelantó el obispo de Vasona y habló en favor del mencionado Bastiano, diciendo:

—Beatísimo padre, Benvenuto es joven y mucho mejor le queda la espada que el hábito de fraile; dígnese Vuestra Santidad dárselo al buen artista Bastiano; y a Benvenuto tal vez le podréis conceder algo bueno, que será tal vez más adecuado que esto.

Entonces el Papa, dirigiéndose al señor Bartolomé Valori, le dijo:

—Cuando veáis a Benvenuto decidle de parte mía que ha sido él quien ha hecho conceder el Plomo a Bastiano, pintor; y que esté advertido de que el mejor cargo que quede vacante en primer lugar será para él; y que entre tanto se aplique a trabajar bien y termine mi obra.

A la noche siguiente, a las dos de la madrugada, me encontré con el señor Bartolomé Valori, que estaba en la esquina de la ceca (iban dos antorchas delante de él, y andaba a toda prisa porque el Papa lo había llamado); le hice una reverencia y él se paró y me llamó, y me dijo con grandísimo afecto todo cuanto el Papa le había dicho que me dijera. A lo que le contesté diciendo que acabaría aquella obra con mayor diligencia y estudio que ninguna otra; pero sin tener ninguna esperanza de obtener nunca nada del Papa. El señor Bartolomé me reprendió, diciéndome que de aquella manera no debía responderse a los ofrecimientos de un Papa. A lo que le dije que, confiando en tales palabras y sabiendo que no lo obtendría de ninguna de las maneras, sería un loco si respondiera de otro modo; y alejándome, me fui a cumplir con mis obligaciones. El tal señor Bartolomé debió comunicarle al Papa mis osadas palabras, y tal vez añadió algo más a lo que yo había dicho, de manera que el Papa estuvo más de dos meses sin llamarme, y yo en todo aquel tiempo no quise ir al palacio por nada del mundo. El Papa, que se moría

por aquella obra, encargó al señor Roberto Pucci que observara un poco lo que hacía. Este buenazo de hombre venía a verme a diario, y siempre me decía alguna palabra cariñosa, y yo también a él. Como el Papa tenía que irse muy pronto a Bolonia, al fin, viendo que por mi voluntad no iba, me hizo decir por mediación del señor Roberto que le llevase mi obra, porque quería saber cómo iba. Por lo que yo la llevé, mostrando que lo más importante de la obra ya estaba hecho, y le rogué que me adelantase quinientos escudos, parte a cuenta y parte porque me faltaba bastante para poder terminar aquella obra. El Papa me dijo: «Esfuézate, esfuézate en terminarla». Le contesté, mientras me iba, que la terminaría si me dejaba dineros. Y así me fui.

LVII

Cuando el Papa se fue a Bolonia, dejó al cardenal Salviati como legado en Roma; y le encargó que me metiese prisa para acabar aquella obra, y le dijo: «Benvenuto es persona que estima poco su arte, y tampoco a nosotros; de manera que procurad instigarlo para que yo la encuentre terminada». Aquel bestia de cardenal me mandó llamar al cabo de ocho días, diciéndome que le llevara la obra; yo fui a verlo sin la obra. Cuando llegué, el cardenal me dijo de sopetón:

—¿Dónde está tu encebollado? ¿Lo has terminado?

A lo que yo respondí:

—Oh, monseñor reverendísimo, mi encebollado todavía no lo he terminado, y no lo terminaré hasta que me deis las cebollas para terminarlo.

Ante estas palabras, el mencionado cardenal, que tenía más rostro de asno que de hombre, se puso el doble de feo; y a la primera de cambio dijo:

—Te meteré en una galera, y luego tendrás la gracia de terminarla.

Entonces, ante aquella bestia me puse como una bestia y le dije:

—Monseñor, cuando cometa pecados que merezcan la galera, entonces me podréis enviar; pero por mis pecados no tengo miedo a vuestra galera; y os digo más aún: por culpa de Vuestra Señoría no la quiero terminar jamás; y no mandéis nunca más a buscarme, porque no os vendré a ver, a menos que me hagáis venir con los esbirros.

El buen cardenal probó algunas veces, con palabras afales, a darme a entender que debería trabajar y enseñarle mi obra; pero a cuantos venían con el recado, les decía: «Decidle a monseñor que me mande cebollas si quiere que termine el encebollado», y nunca más le contesté otras palabras; de manera que hubo de renunciar a su desesperado encargo.

LVIII

Regresó el Papa de Bolonia, y enseguida preguntó por mí, porque aquel cardenal ya le había escrito sobre mi caso lo peor que se le ocurrió. El Papa estaba furioso a más no poder, y me mandó a decir que debía ir con la obra. Así lo hice. Durante el tiempo que el Papa estuvo en Bolonia, se me declaró una fluxión en los ojos tan horrorosa, que a causa del dolor no podía casi ni vivir, de manera que ésta fue la primera causa para que no prosiguiera con mi obra; y el dolor era tan grande que estaba seguro de quedarme ciego. Mientras me dirigía a ver al Papa, pensaba la manera como debía presentar la excusa para justificar que no había proseguido con la obra. Pensaba que mientras el Papa la contemplara y la considerara, le podría explicar los hechos; lo que no pude hacer, pues apenas llegué ante él, me dijo enseguida con ru-
das palabras:

—Trae acá esa obra. ¿Está terminada?

Yo la descubrí; acto seguido dijo con mayor furor:

—Ante Dios te digo a ti, que haces profesión de no considerar a nadie, que si no fuera por respeto del mundo, te haría lanzar por aquellas ventanas junto con tu obra.

Por lo que al ver al Papa convertido en una bestia, pensaba en cómo quitarme de delante. Mientras él continuaba amenazando, me puse la obra debajo de la capa y dije mascullando:

—Nadie en el mundo obligaría a un ciego a hacer obras semejantes.

Levantando la voz, el Papa dijo:

—Ven acá. ¿Qué has dicho?

Yo dudé entre salir corriendo escaleras abajo; pero me recuperé y, echándome de rodillas, gritando fuerte, porque él no paraba de gritar, dije:

—Y si por una enfermedad me he quedado ciego, ¿estoy obligado a trabajar?

A esto él dijo:

—Sin embargo has visto la luz para venir aquí, y no creo que sea verdad ninguna de las cosas que dices.

A lo que le dije, notando que bajaba el tono de voz:

—Vuestra Santidad pregunte a su médico y conocerá la verdad.

Él dijo:

—Ya veremos si es cierto lo que dices.

Entonces, viendo que me escuchaba, dije:

—Creo que de este gran dolor mío la causa no ha sido otra que el cardenal Salviati, porque mandó a buscarme en cuanto Vuestra Santidad se hubo marchado, y cuando estuve frente a él, le puso a mi obra el nombre de encebollado, y me dijo que me haría terminar en una galera; y fue tanto el poder de aquellas deshonestas palabras, que a causa de la extrema pasión sentí inmediatamente que se me inflamaba el rostro; y me vino a los ojos un calor tan desmesurado que no encontraba el camino para regresar a casa; por lo cual no veía ni una gota de luz, y desde la partida de Vuestra Santidad no he podido trabajar nada.

Volví a arrodillarme y me fui con Dios; y me fue referido que el Papa dijo:

—Cuando se otorgan los cargos, no se otorga con ellos la discreción. Yo no le dije al cardenal que lo tomara tan a pecho; que si es cierto que tiene los ojos enfermos, como pienso enterarme por mi médico, merecerá tenerle alguna compasión.

Estaba presente un gran caballero, muy amigo del Papa y muy virtuoso. Le preguntó al Papa qué persona era yo, y le dijo:

—Beatísimo padre, yo os lo pregunto porque me ha parecido que a un mismo tiempo habéis mostrado la mayor cólera que jamás he visto y la mayor compasión; y por eso pregunto a Vuestra Santidad quién es; pues si es persona que merezca ser ayudada, yo le enseñaré un secreto capaz de curarle aquella enfermedad.

A estas palabras dijo el Papa:

—Aquél es el mayor hombre que jamás nació en su profesión; y un día que estemos con él os mostraré las maravillosas obras suyas, y con ellas quién es él; y me placera que vea si se le puede hacer algún beneficio.

Al cabo de tres días, el Papa mandó a buscarme un día después de comer, y aquel caballero estaba presente. En cuanto llegué, el Papa mandó que trajeran mi broche de la capa pluvial. Entre tanto yo había sacado mi cáliz; y aquel caballero decía que nunca había visto una obra tan maravillosa. Cuando llegó el broche, aumentó su asombro; y mirándome al rostro, dijo:

—Tan joven y ya sabe tanto, todavía apto para aprender.

Luego, me preguntó mi nombre. Y yo le dije:

—Benvenuto me llamo.

Y él respondió:

—Bienvenido seré para ti yo esta vez; recoge unos lirios con su tallo, su flor y su raíz, todo junto, y después lo haces destilar a fuego lento, y con aquella agua te lavas los ojos varias veces al día; y con toda certeza te curarás de esa enfermedad; pero, primero, que te purguen y luego sigues con el agua.

El Papa me dijo algunas palabras cariñosas; y así me fui medio contento.

LIX

La enfermedad es cierto que la tenía, pero creo que me la había ganado con aquella joven y hermosa sirvienta que estaba en la casa en la época en que me robaron. Tardó aquel morbo gálico en manifestarse más de cuatro meses enteros; luego, de pronto, me cubrió todo el cuerpo. No era como suele verse, sino que parecía que estuviera cubierto por ciertas vejiguitas rojas, grandes como monedas. Los médicos nunca quisieron llamarlo mal francés; y eso que yo les decía la causa que en mi opinión lo había originado. Continuaban medicándome a su manera, y no me servía de nada; hasta que al final me decidí a tomar el palo santo contra la voluntad de aquellos primeros médicos de Roma; aquel palo santo lo tomaba según todas las normas y abstinencias que imaginar se pueda; y en breve tiempo noté una grandísima mejoría; hasta el punto que al cabo de cincuenta días quedé curado y sano como una manzana. Luego, para dar algún alivio a la gran fatiga que había sufrido, a la entrada del invierno tomé por diversión la caza con escopeta, la cual me obligaba a caminar con agua y viento y a ir por los pantanos; de modo que al cabo de pocos días me volvió un mal cien veces mayor del que tuve primero. Me puse de nuevo en manos de los médicos, que me medicaban sin interrupción y empeoraba cada día más. Me atacó la fiebre y me dispuse a tomar de nuevo el palo santo; los médicos no querían, y me decían que si lo tomaba, con la fiebre moriría al cabo de ocho días. Me decidí a actuar contra su voluntad; y siguiendo las mismas reglas que la otra vez, en cuanto hube bebido cuatro días aquella agua santa del palo santo, la fiebre desapareció completamente. Empecé a mejorar enormemente y al mismo tiempo que to-

maba el palo santo continuaba los modelos de aquella obra; y gracias a la abstinencia hice las cosas más bellas y las invenciones más raras que jamás había hecho en mi vida. Al cabo de cincuenta días estaba curado del todo y luego, con gran diligencia, me apliqué a fortalecer mi salud. Después de haber salido de aquel gran ayuno, me encontré limpio de enfermedades, como si hubiera renacido. Y aunque me debilitaba asegurándome mi debilitada salud, no dejaba por ello de trabajar; de manera que tanto a mi obra como a la ceca les di con firmeza la parte del trabajo que les correspondía.

LX

Ocurrió que fue nombrado legado en Parma el mencionado cardenal Salviati, el cual me tenía un gran odio, del que ya antes he hablado. En Parma fue apresado un cierto orfebre milanés, falsificador de monedas, que se llamaba Tobías. Había sido condenado a la horca y a la hoguera, y se habló en su favor al mencionado legado, describiéndolo como un hombre de gran categoría. El cardenal hizo suspender la ejecución de la justicia y escribió al papa Clemente, diciéndole que había dado con un hombre considerado el mejor del mundo en la profesión de la orfebrería, y que había sido condenado a la horca y a la hoguera por haber falsificado monedas; pero que era un hombre sencillo y bueno que decía que había pedido el parecer a su confesor, el cual afirmaba que le había dado permiso para falsificarlas. Además decía: «Si vos hacéis venir a este gran hombre a Roma, Vuestra Santidad podrá sofocar la gran altivez de vuestro Benvenuto, y estoy seguro de que las obras de este Tobías os gustarán mucho más que las de Benvenuto». De manera que el Papa ordenó que fuera enseguida a Roma. Y cuando hubo llegado, nos llamó a los dos y nos mandó hacer un dibujo para un cuerno de unicornio, el más bello que jamás se había vis-

to; había sido vendido por diecisiete mil ducados de cámara. Como el Papa lo quería regalar al rey Francisco, decidió primero adornarlo ricamente de oro; y nos encargó a los dos que hiciéramos los mencionados diseños. Cuando los hubimos terminado, cada uno llevó el suyo al Papa. El dibujo de Tobías representaba un candelero, donde a modo de candelilla se embocaba aquel hermoso cuerno; y el pie de aquel candelero lo integraban cuatro cabecitas de unicornio de pobrísima invención; tanto que cuando vi tal cosa, tuve que disimular para que no se viera que me reía. El Papa lo notó enseguida, y dijo: «¡Enseña tu dibujo!», el cual consistía en una sola cabeza de unicornio en proporción al mencionado cuerno. Había realizado la especie de cabeza más bella que se pueda ver; y era porque había tomado una parte de las facciones de la cabeza del caballo y la otra de las del ciervo; y la había enriquecido con la más bella cantidad de ropas y otros ornamentos, de manera que en cuanto vieron la mía todos la prefirieron. Pero como en aquella contienda estaban presentes unos milaneses de grandísima autoridad, ellos dijeron: «Beatísimo padre, Vuestra Santidad ordena regalar este gran presente a Francia; sabed que los franceses son hombres groseros, y no admirarán las excelencias de esa obra de Benvenuto; en cambio, les gustarán esos sagrarios que podrán hacerse más deprisa; por lo que Benvenuto se dedicaría a terminar vuestro cáliz y serían realizadas dos obras al mismo tiempo; y este pobre hombre a quien habéis mandado venir, también podría tener trabajo». El Papa, anhelante por tener su cáliz, se agarró con mucho gusto al consejo de aquellos milaneses; así pues, al día siguiente ordenó la obra del cuerno de unicornio a Tobías, y a mí me hizo saber por su guardarropa que debía acabarle su cáliz. A lo que yo contesté que lo que más deseaba en el mundo era terminar aquella obra mía tan hermosa; y que si fuese de materia distinta al oro, yo solo, tranquilamente, podría terminarla; pero como era de oro, era necesario que Su Santidad me lo

proporcionara si quería que lo acabara. Al oír aquellas palabras, el cortesano plebeyo dijo:

—Por favor, no le pidas oro al Papa, porque lo harás enfurecerse tanto que, ¡pobre de ti!

A lo que yo le dije:

—Oh, señor mío, Vuestra Señoría, enseñadme: ¿de qué manera se puede hacer el pan sin harina?; al igual, sin oro nunca se acabará aquella obra.

Aquel guardarropa me dijo, pareciéndole más bien que le hubiera tomado el pelo, que todo cuanto yo le había dicho se lo referiría al Papa; y así lo hizo. El Papa, con un ataque de furor bestial, dijo que quería ver si estaba tan loco para no acabarla. Así estuvimos más de dos meses, y aunque yo había dicho que no pensaba tocarla, no había sido así, pues continuamente había trabajado con grandísimo amor. Viendo que no la llevaba, comenzó a desfavorecerme bastante, diciendo que me castigaría tanto como pudiese. Cuando pronunciaba estas palabras estaba presente un milanés, joyero suyo. Se llamaba Pompeo, pariente cercano de un tal señor Traiano, el servidor más favorecido que tenía el papa Clemente. Los dos se acordaron y le dijeron al Papa:

—Si Vuestra Santidad le quitara la ceca, tal vez le entrarían ganas de terminar el cáliz.

Entonces el Papa dijo:

—Al contrario, tendríamos dos males: uno, que estaría mal servido en la ceca, que me importa mucho; y el otro, que con toda seguridad no tendría nunca mi cáliz.

Estos dos milaneses, viendo al Papa tan hostil hacia mí, pudieron tanto que al fin me quitó el cargo de la ceca, y se lo dio a un cierto joven perusino, el cual se llamaba de sobrenombre *Fagiuolo*¹⁶. Vino aquel Pompeo a decirme, de parte del Papa, que Su Santidad me había quitado el cargo de la ceca, y que si no terminaba el cáliz me quitaría otras

16. «Habichuela.»

cosas. A lo que yo respondí: «Decid a Su Santidad que el cargo de la ceca se lo ha quitado a sí mismo y no a mí, y que lo mismo le ocurriría con las demás cosas que me quitará; y que cuando Su Santidad me lo quiera devolver, no lo querré aceptar en absoluto». A aquel desgraciado y desventurado le pareció tardar mil años antes de ver al Papa para repetirle todas aquellas palabras, más algunas más de su propia cosecha. Al cabo de ocho días mandó a decirme el Papa, a través del mismo hombre, que ya no quería que terminara el cáliz, sino que quería que se lo entregara tal como lo tenía en aquel momento. Yo le dije a Pompeo: «Esto no es como la ceca, que él me la puede quitar; lo que es de Su Santidad son los quinientos escudos que me dio, los cuales pienso devolvérselos enseguida; y la obra es mía y haré con ella lo que me venga en gana». Corrió muchísimo Pompeo para referir, con alguna palabra mordaz añadida *motu proprio*, lo que le había dicho a él con buenos motivos.

LXI

Al cabo de tres días, un jueves, vinieron a verme dos camareros de los más favorecidos por Su Santidad, de los cuales uno está vivo todavía, era obispo y se llamaba señor Pier Giovanni y era guardarropa de Su Santidad; el otro era de más importante linaje, pero no me acuerdo de su nombre. Cuando los vi, me dijeron:

—Nos manda el Papa, Benvenuto; y puesto que no has querido seguir la vía más cómoda, dice que o bien nos das su obra o que te llevemos a la cárcel.

Entonces yo les miré a los ojos, muy alegremente, y dije:

—Señores, si entregara la obra a Su Santidad, daría mi obra y no la suya; por lo tanto mi obra no os la quiero dar; porque habiéndola adelantado mucho con mis enormes fatigas, no

quiero que vaya a parar a manos de alguna bestia ignorante que con poca fatiga la eche a perder.

Estaba presente al decir yo aquello el orfebre Tobías antes mencionado, el cual todavía me pedía, temerariamente, los modelos de la obra; las palabras que yo le dije, merecidas por un desalmado tal, no viene a cuento repetirlas aquí. Y como aquellos señores camareros me apremiaban para que yo resolviera enseguida lo que pensaba hacer, les dije que ya estaba resuelto; tomé la capa y, antes de salir de mi taller, me dirigí a una imagen de Cristo con la gorra en la mano y con gran reverencia, y dije:

—Oh, benigno e inmortal, justo y santo Señor nuestro, todas las cosas que tú haces son de acuerdo a tu justicia, que no tiene igual; sabes que llego a la edad de treinta años de mi vida sin que hasta ahora me hayan condenado a la cárcel por ningún motivo, y puesto que ahora tu voluntad es que vaya a la cárcel, te lo agradezco de todo corazón. —Luego, dirigiéndome a los dos camareros, dije con el rostro un tanto entristecido—: No merecía un hombre como yo esbirros de menor valor que el de vuestras señorías; de manera que ponédme en medio, y conducidme como prisionero a donde queráis.

Aquellos dos hombres gentilísimos se echaron a reír, me pusieron en medio, y siempre conversando agradablemente me condujeron al gobernador de Roma, que se llamaba Magalotto. Llegados a su presencia, encontramos con él al procurador fiscal, ya que ambos me esperaban; aquellos señores camareros, sin dejar de reír, le dijeron al gobernador: «Os entregamos a este prisionero; cuidad bien de él. Nos hemos alegrado bastante de haber suplantado en el oficio a vuestros agentes, porque Benvenuto nos ha dicho que, como ésta era la primera vez que le detenían, no merecía esbirros de menor valor que el nuestro». Fueron acto seguido a ver al Papa; y al referirle todo, punto por punto, en primer lugar aparentó querer enfurecerse, pero luego se esforzó en no reír, ya

que estaba en presencia de algunos señores y cardenales amigos míos, que me favorecían mucho. Mientras tanto, el gobernador y el fiscal en parte me exhortaban, en parte me aconsejaban, diciéndome que la razón exigía que alguien que encarga una obra a otro la pueda recuperar a su voluntad y de todas las maneras que le plazcan. A lo que yo dije que aquello no lo permitía la justicia, ni lo podía hacer un Papa; porque él no era un Papa de la misma especie de algunos tiranos señorzuolos que tratan a sus pueblos lo peor que pueden, sin observar la ley ni la justicia; y que un vicario de Cristo no puede hacer ninguna de estas cosas. Entonces el gobernador, con ademanes y palabras de esbirro, dijo:

—Benvenuto, Benvenuto, vas buscando que te dé lo que te mereces.

—Vos me haréis honor y cortesía si queréis hacerme lo que merezco.

De nuevo dijo:

—Ordena que traigan la obra, y procura que no te lo deba decir dos veces.

A esto yo contesté:

—Señores, concededme la gracia de que pueda decir cuatro palabras más acerca de mis razones.

El fiscal, que era un esbirro mucho más discreto que el gobernador, se dirigió al gobernador y dijo:

—Monseñor, concedámosle la gracia de poder decir cien palabras con tal que nos entregue la obra, que eso ya basta.

Yo dije:

—Si un hombre cualquiera hiciera edificar un palacio o una casa, justamente le podría decir al maestro que la edificaba: «No quiero que trabajes más en mi casa o en mi palacio»; pagándole su trabajo adecuadamente lo podría despedir. También si un señor mandara engastar una joya de mil escudos, viendo que el joyero no lo servía de acuerdo a su gusto, le podría decir: «Dame mi joya porque no quiero tu obra». Pero en nuestro caso no se da ninguna de estas cir-

cunstancias, porque no se trata ni de una casa, ni de una joya; lo único que se me puede decir es que devuelva los quinientos escudos que recibí. De modo que, señores míos, haced todo lo que queráis, que de mí sólo obtendréis los quinientos escudos. Así se lo referiréis al Papa. Vuestras amenazas no me infunden el menor miedo, porque soy un hombre honrado y no tengo miedo de mis culpas.

Se levantaron el gobernador y el fiscal y me dijeron que iban a ver al Papa, y que regresarían con una orden que ¡pobre de mí! Allí quedé bajo vigilancia. Me paseaba por un salón; y tardaron casi tres horas en regresar de su visita al Papa. Entre tanto, vino a visitarme toda la nobleza de nuestra nación de mercaderes, rogándome encarecidamente que no me enfrascase en disputar con un Papa, porque podría causar mi ruina. Yo les contesté que estaba muy seguro de lo que debía hacer.

LXII

Apenas el gobernador y el fiscal regresaron del palacio, me mandaron llamar, y el gobernador me habló de este modo: «Benvenuto, de verdad que me disgusta haber regresado de mi visita al Papa con unas órdenes como las que traigo; o sea, o que me traigas la obra enseguida, o que te preocupes de lo que te va a suceder». Entonces contesté que no había creído nunca, hasta entonces, que un santo vicario de Cristo pudiera cometer una injusticia, «pero quiero verlo antes de creerlo, de manera que haced lo que queráis». El gobernador replicó diciendo: «Debo decirte dos palabras más de parte del Papa; luego ejecutaré la orden que me ha dado. El Papa dice que me traigas aquí la obra y que vea cómo la ponen en una caja y que sea sellada; luego, se la debo llevar al Papa, el cual promete por su fe que no la tocará ni romperá el sello, y a continuación te la devolverá; pero quiere que así se haga

para que su honor sea respetado». Yo, riendo, respondí a estas palabras que con mucho gusto le entregaría mi obra de la manera que él decía, porque quería poder decir cómo era la palabra de un Papa. Así pues, mandé a buscar mi obra, la sellé como había dicho y se la entregué. Regresó el gobernador a ver al Papa con mi obra, tal como se ha dicho; el Papa cogió la caja, según me refirió el gobernador, la revolvió repetidas veces; después le preguntó al gobernador si la había visto; el cual dijo que la había visto y que, en su presencia, se había sellado de aquel modo; luego añadió que le había parecido cosa muy admirable. Por lo que el Papa dijo: «Diréis a Benvenuto que los papas tienen la autoridad para desatar y atar cosas mucho mayores que ésta», y mientras pronunciaba estas palabras, con un ligero enfado abrió la caja, quitando los cordeles y el sello con que estaba atada; luego la contempló mucho; y por cuanto pude enterarme, se la mostró al orfebre Tobías, el cual la alabó grandemente. Entonces, el Papa le preguntó si se creía capaz de hacer una obra como aquella [...] el Papa le dijo que cumpliera, pues, aquel encargo; luego se dirigió al gobernador y le dijo:

—Ved si Benvenuto nos la quiere dar; si nos la da, que se le pague todo lo que estimen hombres expertos; o en el caso de que él quiera terminarla, que fije un plazo; y si ves que la quiere hacer, que se le concedan todas las facilidades que él considere necesarias.

Entonces el gobernador dijo:

— Beatísimo padre, como conozco el carácter terrible de ese joven, permitidme que le pueda echar una reprimenda a mi manera.

A esto, el Papa contestó que hiciera lo que quisiera de palabra, aunque estaba seguro de que sería peor; pero que luego, cuando viera que no podía conseguir nada, me dijera que llevara sus quinientos escudos a Pompeo, su joyero antes mencionado. Cuando regresó el gobernador, me hizo llamar a su aposento, y con mirada de esbirro me dijo:

—Los papas tienen autoridad para desatar y atar todo lo del mundo, y acto seguido, se da en el cielo por bien hecho; hete aquí tu obra desatada y vista por Su Santidad.

Entonces yo alcé la voz y dije:

—Doy gracias a Dios, puesto que ahora ya puedo discurrir sobre cómo es la palabra de los papas.

Entonces el gobernador me dijo e hizo muchas amenazas desaforadas; y viendo luego que no conseguía nada, completamente desesperado de la empresa, me habló de manera más dulce y me dijo:

—Benvenuto, me duele mucho que no quieras ver lo que más te conviene; pero ve y lleva cuando quieras los quinientos escudos a Pompeo.

Cogí mi obra, me fui y le llevé enseguida los quinientos escudos a aquel Pompeo. Y tal vez el Papa pensaba que por incomodidad o por algún otro motivo no habría devuelto tan pronto el dinero (y deseoso de reanudar el hilo de mi servidumbre); cuando vio presentarse a Pompeo, sonriente, con los dineros en la mano, el Papa lo reprendió mucho y se quejó de que aquel asunto se hubiera llevado de aquella manera; y luego le dijo: «Busca a Benvenuto en su tienda y háblale lo más amablemente que permita tu ignorante bestialidad, y dile que si me quiere terminar aquella obra y hacer con ella una custodia para llevar dentro el Corpus Domini cuando vaya con él en procesión, le daré todas las facilidades necesarias para acabarla, con tal de que trabaje». Me vino a ver Pompeo, me llamó fuera de la tienda y me hizo los mohínes de asno más inconvenientes, diciéndome todo cuanto le había ordenado el Papa. Le dije enseguida que el mayor tesoro que yo podía desear en el mundo era el haber recuperado la gracia de un gran Papa, la cual se había apartado de mí, y no por mi culpa, sino por la de mi desmesurada enfermedad y por la maldad de aquellos hombres envidiosos que se deleitan sembrando cizaña; «y como el Papa tiene abundancia de servidores, que no os mande de nuevo ante mí si

queréis seguir vivo. Yo nunca dejaré, ni de día ni de noche, de pensar y hacer todo lo que pueda en servicio del Papa; pero recordad bien que una vez que hayáis dicho esto que os digo al Papa, de ninguna manera os entrometeréis más en mis asuntos, porque os haré conocer vuestros errores con la penitencia que merezcan». Aquel hombre se lo contó todo al Papa de manera mucho más bestial de como yo lo había dicho. Así quedó la cosa durante algún tiempo, y yo me dedicaba a mi taller y a mis asuntos.

LXIII

Tobías, el orfebre antes mencionado, se esforzaba en terminar aquella ornamentación del cuerno del unicornio; además, el Papa le había dicho que empezara el cáliz de la manera como había visto que era el mío. Y haciéndose mostrar por Tobías lo que éste iba haciendo, no quedaba satisfecho; se dolía de haber reñido conmigo por aquello, y vituperaba la obra de Tobías y a quien se lo había puesto delante; y en repetidas ocasiones vino a hablarme Baccino della Croce de parte del Papa para decirme que debía hacer aquella custodia. Pero yo le decía que le rogaba a Su Santidad que me dejara reposar de la grave enfermedad que había sufrido, de la cual todavía no me sentía curado del todo; pero que le mostraría a Su Santidad que todas las horas que pudiera trabajar las dedicaría a su servicio. Me había puesto a retratarlo y, secretamente, le hacía una medalla; y los moldes de acero para acuñarla me los hacía en casa; y en mi taller tenía un compañero que había sido mozo mío, que se llamaba Felice. En aquel tiempo, como suelen hacer los jóvenes, me había enamorado de una jovencita siciliana que era bellísima; también ella demostraba quererme mucho, pero su madre se enteró y sospechó lo que podía ocurrir (y era que yo había proyectado escaparme con aquella joven a Florencia durante

un año, a escondidas de la madre); enterada ella de tal cosa, una noche salió de Roma con gran secreto y se fue a Nápoles; y dejó dicho haber ido a Civitavecchia, pero en realidad fue a Ostia. Yo les seguí la pista hacia Civitavecchia e hice locuras inenarrables para encontrarla. Serían demasiado largas estas cosas si debiera referirlas detalladamente; basta que diga que estuve a punto de enloquecer o morir. Al cabo de dos meses, ella me escribió diciendo que se hallaba en Sicilia, muy descontenta. Durante aquel tiempo me había entregado a todos los placeres que uno pueda imaginar, y había tomado otro amor sólo para extinguir el fuego de aquél.

LXIV

Me acaeció, debido a una serie de extravagancias, que trabé amistad con cierto clérigo siciliano, el cual tenía un ingenio muy grande y conocía bastante las letras latinas y griegas. Hablando una vez, tratamos varios temas y empezamos a hablar del arte de la nigromancia; y yo dije:

—Toda mi vida he tenido un grandísimo deseo de ver o saber alguna cosa de ese arte.

A lo que el clérigo añadió:

—Es necesario que el hombre que se embarca en tal empresa sea de ánimo fuerte y seguro.

Yo contesté que fuerza y seguridad de ánimo me sobrarían si pudiera hacer tal cosa. Entonces respondió el clérigo:

—Si con ello te atreves, de todo lo demás te saciaré yo.

Y así acordamos iniciar tal empresa. El mencionado clérigo una noche se preparó y me dijo que buscara un compañero, o como máximo dos. Llamé a Vincenzio Rómoli, muy amigo mío, y él trajo a un pistoyés que también se dedicaba a la nigromancia. Nos fuimos al Coliseo, y una vez que el clérigo se hubo revestido con los paramentos de nigromante, se puso a dibujar círculos por el suelo con las ceremonias

más bellas que se puedan imaginar; y nos había ordenado traer perfumes preciosos y lumbre, así como perfumes malolientes. Cuando todo estuvo listo, hizo una puerta en el círculo, nos tomó de la mano y, uno por uno, nos introdujo dentro del círculo; luego distribuyó las tareas de cada cual, dio el pentáculo a su compañero nigromante, a los demás les encargó el cuidado de la lumbre para los perfumes y finalmente echó mano a los conjuros. Aquello duró más de una hora y media; aparecieron bastantes legiones de diablos, de manera que el Coliseo estaba todo lleno. Como yo me encargaba de los perfumes preciosos, cuando el clérigo advirtió que había tanta cantidad de diablos, se dirigió a mí y me dijo: «Benvenuto, pídeles algo». Yo les dije que hicieran que pudiera estar con mi Angélica siciliana. Aquella noche no obtuvimos ninguna respuesta; pero experimenté una gran satisfacción al desear aquello. Dijo el nigromante que era necesario que volviéramos allí; y que yo quedaría satisfecho en todo lo que pidiera, pero quería que llevara a un jovencito virgen. Llevé conmigo a un aprendiz de unos doce años, y de nuevo llamé al mencionado Vincenzio Rómoli; y por tener nuestro mozo un compañero llamado Agnolino Gaddi, también lo llevamos a aquella empresa. Llegamos de nuevo al lugar designado, el nigromante hizo las mismas preparaciones con el mismo y aún más maravilloso orden; y nos metió en el círculo que, de nuevo, había realizado con arte más admirable y más espectaculares ceremonias. Luego encargó a mi Vincenzio el cuidado de los perfumes y de la lumbre, de lo que también se encargó el mencionado Agnolino Gaddi; después me puso en la mano el pentáculo, el cual debía ir haciendo girar hacia los lugares que él me señalara, y debajo del pentáculo tenía yo al jovencito, mi aprendiz. El nigromante comenzó a hacer aquellas terribilísimas invocaciones; llamó por su nombre a una gran cantidad de los demonios jefes de aquellas legiones, y a ellos mandaba por la virtud y potencia del Dios increado, viviente y eterno, en len-

gua hebrea, también en griego y latín; de modo que en poco tiempo se llenó todo el Coliseo cinco veces más que la primera noche. Vincenzio Rómoli se dedicaba a encender la lumbre junto con el mencionado Agnolino, echando gran cantidad de perfumes preciosos. Yo, por consejo del nigromante, pedí de nuevo poder estar con Angélica. Se volvió hacia mí y me dijo: «¿No oyes lo que han dicho? Que en el plazo de un mes estarás con ella». Y de nuevo añadió que me rogaba que me mantuviera firme, porque las legiones eran mil veces más de las que había invocado y mucho más peligrosas; y como habían concedido lo que yo había pedido, era necesario agasajarlas y despedirlas pacientemente. Por otra parte, el jovencito que estaba debajo del pentáculo decía asustadísimo que en aquel lugar había un millón de hombres arrogantisimos, todos los cuales nos amenazaban; además, dijo que se le habían aparecido cuatro gigantes desmesurados, los cuales iban armados y daban muestras de querer atacarnos. Entre tanto, el nigromante, que temblaba de miedo, intentaba de manera dulce y suave licenciarlos lo mejor que podía. Vincenzio Rómoli, que temblaba de pies a cabeza, se encargaba de los perfumes. Yo, que tenía tanto miedo como ellos, me apañaba para que se viera menos y daba grandísimos ánimos a todos; pero la verdad es que me moría de miedo por el que veía reflejado en el nigromante. El muchacho había agachado la cabeza entre las rodillas diciendo:

—Quiero morirme así, porque estamos todos muertos.

De nuevo le dije al muchacho:

—Todas estas criaturas están debajo de nosotros, y lo que tú ves es humo y sombra, de modo que levanta la cabeza.

Cuando hubo alzado los ojos, dijo de nuevo:

—Todo el Coliseo está ardiendo y el fuego se nos echa encima.

Y tapándose el rostro con las manos, dijo de nuevo que estaba muerto y que ya no quería ver nada más. El nigromante me pidió ayuda, rogándole que confiara en él y que man-

dara hacer perfumes de asafétida; así pues, dirigiéndome a Vincenzio Rómoli le dije que enseguida buscara la asafétida. Mientras decía aquello, miré a Agnolino Gaddi, que se había asustado tanto que tenía las pupilas de los ojos fuera de órbita y estaba más que medio muerto, y le dije: «Agnolo, en estas circunstancias no hay que tener miedo, sino que hay que espabilarse y ayudarse; o sea que prepara enseguida un poco de asafétida». El mencionado Agnolo, en cuanto quiso moverse, soltó un trompeteo de ventosidades con mucha abundancia de mierda, la cual pudo más que la asafétida. El aprendiz, al oler aquella hediondez y notar el ruido, levantó ligeramente la cabeza, y al ver que yo me reía se le quitó un poco el miedo y dijo que los diablos empezaban a marcharse con gran furia. Así permanecí hasta que empezaron a tocar maitines. De nuevo el muchacho nos dijo que habían quedado pocos y un tanto apartados. En cuanto el nigromante finalizó todo el resto de sus ceremonias, se quitó los paramentos, volvió a hacer un gran fardo con los libros que había traído y, todos con él, salimos del círculo, uno detrás del otro, especialmente el muchacho que se había colocado en medio y había agarrado al nigromante por la veste y a mí por la capa; y continuamente, mientras regresábamos a nuestras casas en Banchi, él nos decía que dos de aquellos que había visto en el Coliseo iban brincando delante de nosotros, o corrían por los tejados o por el suelo. El nigromante decía que en las innumerables veces que había entrado en los círculos, nunca le había acontecido una cosa tan grande, y me persuadía para que me decidiera a acompañarlo a consagrar un libro del que obtendríamos infinita riqueza, porque pediríamos a los demonios que nos enseñaran los tesoros que tanto abundan en la tierra; y que de aquel modo seríamos riquísimos, ya que las cosas de amor eran vanidades y locuras que no servían para nada. Yo le dije que si hubiera tenido letras latinas, habría hecho con sumo placer una cosa así. Con todo, él trataba de persuadirme diciéndome que las letras latinas no

me servían para nada, y que si él hubiera querido, hubiera podido encontrar a muchos conocedores de las letras latinas; pero que nunca había encontrado a nadie con un ánimo tan firme como el mío; y que me atuviera a su consejo. Con estos razonamientos llegamos a nuestras casas, y aquella noche todos nosotros soñamos con diablos.

LXV

Como nos veíamos todos los días, el nigromante me presionaba para que me dedicara a aquella empresa; por lo que le pregunté cuánto tiempo se tardaría en hacer aquello y adónde teníamos que ir. A esto me respondió que en menos de un mes saldríamos de aquella empresa; y que el lugar más adecuado eran las montañas de Norcia; aunque un maestro suyo había conjurado muy cerca de allí, en un lugar llamado la Abadía de Farfa; pero que había encontrado algunas dificultades, las cuales no se presentarían en las montañas de Norcia; y que los campesinos locales eran personas leales y tenían un poco de práctica del asunto y que, en caso de necesidad, nos podían facilitar una ayuda extraordinaria. La verdad es que aquel clérigo nigromante me había convencido de tal manera que me hallaba dispuesto a realizar tal empresa; pero le decía que primero quería terminar las medallas que hacía para el Papa, y habiéndome confiado con él y con nadie más, le rogaba que lo mantuviera en secreto. Continuamente le preguntaba si creía que al llegar el momento me encontraría con mi Angélica siciliana, puesto que ya se acercaba el tiempo establecido y me parecía cosa rara que no se supiera nada de ella. El nigromante me decía que sin ninguna duda me encontraría con ella, porque los diablos no fallan nunca cuando prometen algo de la manera como lo habían hecho entonces; pero que yo estuviera ojo avizor, me guardase de cualquier escándalo que aquella empresa me pu-

diera acarrear y me esforzara en soportar algo contra mi carácter, porque veía cierto peligro que me amenazaba; y que lo mejor para mí sería ir a consagrar el libro, ya que por aquel camino mi gran peligro sería evitado, con lo que seríamos felices tanto él como yo. Yo, que ya empezaba a tener más ganas que él, le dije que por haber llegado a Roma un tal maestro Giovanni da Castel Bolognese, muy hábil en hacer medallas como las que yo hacía, en acero, no deseaba otra cosa que competir con aquel hombre tan diestro e impresionar al mundo con una tal empresa; pues mediante la victoria, gracias a mi virtud y no con la espada, confiaba en matar a mis numerosos enemigos. Con todo, aquel hombre continuaba diciéndome: «Por favor, Benvenuto, ven conmigo y huye del gran peligro que veo que te amenaza». Pero como yo estaba del todo dispuesto a querer terminar antes mi medalla, y ya estábamos cerca del final de mes, resultaba que al estar tan enfrascado con la medalla, no me acordaba ya de Angélica ni de ninguna otra cosa, sino que estaba metido de lleno en aquella obra mía.

LXVI

Un día entre tantos, cerca del oscurecer, tuve la ocasión de ir de mi casa al taller fuera de mi horario habitual; porque tenía el taller en Banchi y una casita detrás de Banchi, y pocas veces iba al taller; pues todas las tareas se las dejaba hacer a aquel compañero mío que se llamaba Felice. Tras estar poco rato en el taller, me acordé de que debía ir a hablar con Alejandro del Bene. Salí enseguida y al llegar a Banchi me encontré con uno, muy amigo mío, que se llamaba señor Benedetto. Era notario y natural de Florencia, hijo de un ciego que rezaba oraciones por quien le daba limosna, que era siénés. Aquel señor Benedetto había estado en Nápoles muchos años; luego se había trasladado a Roma y negociaba para

unos mercaderes sieneses de Chigi. Y como aquel compañero mío en repetidas ocasiones le había reclamado cierta cantidad de dinero, que el notario le debía por unas sortijas que aquél le había entregado, aquel día, al encontrarse con él en Banchi, le pidió su dinero de una manera un tanto brusca, que era la que él acostumbraba a emplear. El mencionado señor Benedetto estaba con sus jefes, los cuales, al ver aquello, reprendieron severamente al señor Benedetto diciéndole que preferían servirse de otro para no tener que presenciar más semejante clase de altercados. El señor Benedetto se iba defendiendo ante ellos lo mejor que podía, y decía que él ya le había pagado a aquel orfebre, y que no podía refrenar el furor de los locos. Los mencionados sieneses tomaron a mal aquellas palabras y en el acto lo despidieron. Alejándose de ellos, salió disparado hacia mi taller, tal vez para darle un disgusto al mencionado Felice. Ocurrió, tal como he dicho, que en mitad de Banchi nos encontráramos los dos; y yo, que no sabía nada, le saludé con mucha amabilidad, tal como suelo hacer normalmente; pero él me contestó con muchas palabras soeces. Por lo cual me acordé de todo lo que me había dicho el nigromante; de manera que, reprimiendo lo más que pude lo que sus palabras me habrían obligado a hacer, le dije: «Señor Benedetto, hermano, no os enojéis conmigo, que no os he ofendido en nada y no sé nada de vuestros asuntos; y lo que tengáis pendiente con Felice, arregladlo en buena hora con él; pues él sabe perfectamente lo que os ha de contestar; pero a mí, que no sé nada, vos de esta manera me ofendéis injustamente, sabiendo muy bien que no soy hombre que soporte injurias». A lo que él dijo que yo lo sabía todo, y que era hombre capaz de hacerme pagar una cantidad mayor que aquélla, y que Felice y yo éramos los dos mayores bellacos. Ya se habían reunido muchas personas para asistir a aquella contienda. Forzado por las desagradables palabras, rápidamente me agaché y agarré un pedazo de barro, porque había llovido, y se lo lancé enseguida para gol-

pearle el rostro. Él bajó la cabeza, de manera que le di en mitad de ella. En aquel fango había una piedra de cantos muy agudos, y al darle con uno de aquellos cantos en mitad de la cabeza cayó desmayado al suelo como muerto; por lo que al ver tanta abundancia de sangre, se consideró cierto por todos los circunstantes que estaba muerto.

LXVII

Mientras aquel hombre estaba todavía en el suelo y algunos se preocupaban por llevárselo de allí, pasaba el orfebre Pompeo, ya citado antes. El Papa había mandado llamarlo por unos asuntos de joyas. Al ver a aquel hombre en malas condiciones, preguntó quién había sido. Entonces le dijeron: «Benvenuto ha sido, porque esta bestia se lo ha buscado». El mencionado Pompeo, cuando llegó acto seguido ante el Papa, le dijo: «Beatísimo padre, Benvenuto acaba de matar ahora mismo a Tobías, que yo lo he visto con mis ojos». Al oír esto el Papa, muy enojado, ordenó al gobernador, que estaba allí presente, que me prendiese y me ahorcase inmediatamente en el lugar donde se había cometido el homicidio, y que hiciera lo que fuese para arrestarme y no se presentara ante él antes de haberme ahorcado. Viendo a aquel desgraciado por los suelos, enseguida pensé en mí, teniendo en cuenta el poder de mis enemigos y lo que de aquello podía nacer. Me fui de allí, me retiré a la casa del señor Juan Gaddi, clérigo de cámara, queriendo prepararme lo antes posible para huir. A lo que el mencionado señor Juan me aconsejaba que no tuviera tanta prisa en partir, que tal vez podría suceder que el mal no fuese tan grande como a mí me parecía; y haciendo llamar al señor Aníbal Caro, que estaba allí, le dijo que fuera a enterarse del caso. Mientras que sobre esto se daban las órdenes, apareció un caballero romano que estaba con el cardenal de Medici y venía mandado por éste. Aquel

caballero, llamándonos aparte al señor Juan y a mí, nos dijo que el cardenal le había referido las palabras que había oído pronunciar al Papa, y que no tenía ningún remedio para poderme ayudar; que hiciera todo lo posible para librarme de aquella furia, y que no confiase en ninguna casa de Roma. Cuando se fue el caballero, el señor Juan, mirándome a la cara y dando muestras de llorar, dijo:

—¡Ay de mí! ¡Pobre de mí, que no dispongo de ningún remedio para poderte ayudar!

Entonces yo dije:

—Dios mediante, yo me ayudaré solo; lo único que os pido es que me prestéis uno de vuestros caballos.

Estaba ya ensillado un caballo negro turco, el más bello y el mejor de Roma. Monté en él con un arcabuz de rueda delante del arzón, preparado para defenderme. Cuando llegué al puente Sisto, hallé a toda la guardia, a caballo y a pie, del alguacil; haciendo pues de la necesidad virtud, espoleé moderadamente al caballo con atrevimiento, y gracias a Dios que oscureció los ojos de aquellos hombres, atravesé libremente y a la mayor velocidad que pude, me dirigí a Palombara, lugar del señor Giovambattista Savello, y desde allí devolví el caballo al señor Juan, pero no quise que supiera dónde me encontraba. El señor Giovambattista, después de agasajarme dos jornadas, me aconsejó que me fuera de allí y me dirigiera a Nápoles hasta que aquella furia terminase; me procuró acompañamiento; me hizo situar en el camino de Nápoles, donde encontré a un escultor amigo mío que se dirigía a San Germano a terminar la sepultura de Piero de Medici en Monte Casino. Se llamaba Solosmeo; me dio noticias, como por ejemplo que el papa Clemente, aquella misma tarde, había enviado a un camarero suyo a averiguar cómo estaba el mencionado Tobías; y como lo encontró trabajando y sin que le hubiera ocurrido nada, y sin saber nada de lo ocurrido, cuando se lo dijo al Papa, éste se dirigió a Pompeo y le dijo: «Eres un sinvergüenza, pero te advierto que has

provocado a una serpiente que te morderá y te dará tu merecido». Luego se dirigió al cardenal de Medici, y le encargó que se ocupara de mí, ya que por nada del mundo quería perderme. Así pues, Solosmeo y yo nos íbamos cantando hacia Monte Casino, para irnos luego juntos a Nápoles.

LXVIII

Cuando Solosmeo hubo arreglado sus asuntos en Monte Casino, nos fuimos juntos a Nápoles. A media milla de Nápoles se nos presentó un mesonero que nos invitó a su hostería; nos dijo que había estado en Florencia muchos años con Carlos Ginori, y que si íbamos a su hostería nos agasajaría mucho por ser florentinos. Le repetimos varias veces que no queríamos ir. Aquel hombre nos adelantaba, o nos seguía, pero siempre decía lo mismo, que debíamos ir a su hostería. Aburrido con tanta monserga, le pregunté si me sabía decir dónde estaba una mujer siciliana, de nombre Beatriz, la cual tenía una hermosa hija que se llamaba Angélica, ambas cortesanas. Aquel mesonero, pensando que me burlaba de él, dijo: «¡Que Dios maldiga a las cortesanas y a quien las quiera!», y espoleando a su caballo dio muestras de abandonarnos decididamente. Ya pensaba haberme quitado de encima, de manera excelente, a aquella bestia de mesonero, a pesar de que no hubiera salido de ello incólume, pues me había hecho recordar el gran amor que profesaba a Angélica, y estaba conversando de ello con Solosmeo no sin soltar algún suspiro amoroso, cuando vimos al mesonero dirigirse hacia nosotros con gran furia; y al llegar junto a nosotros dijo:

—Hace dos días que, junto a mi hostería, se han instalado una mujer y una jovencita con estos nombres; no sé si son sicilianas o de otro país.

Entonces yo dije:

—Tiene tanto poder sobre mí el nombre de Angélica, que quiero ir a tu hostería pase lo que pase.

Fuimos con el mesonero a la ciudad de Nápoles, y descabalgamos en su hostería; y me parecía que pasaban mil años mientras ordenaba mis cosas, aunque lo hice rapidísimamente; y al entrar en la casa junto a la hostería, encontré allí a mi Angélica, la cual me hizo las fiestas más extraordinarias que se puedan imaginar en este mundo. Así pues, estuve con ella desde las veintidós hasta la mañana siguiente, con tanto placer como jamás tuve otro igual. Y mientras disfrutaba de aquel placer, recordé que aquel mismo día expiraba el mes que me fue prometido en el círculo de nigromancia por los diablos. De manera que todo aquel que se enmaraña con ellos debe considerar los indecibles peligros por los que hube de atravesar.

LXIX

En mi bolsa se encontraba por casualidad un diamante que había mostrado a los orfebres; y a pesar de que yo era todavía joven, en Nápoles era tan conocido como persona respetable que me agasajaron mucho. Entre otros, un hombre gentilísimo, joyero, que se llamaba señor Domenico Fontana. Este hombre honrado abandonó su tienda los tres días que yo estuve en Nápoles y nunca se separó de mí, mostrándome muchas antigüedades bellísimas que había en Nápoles y en sus alrededores; y además me llevó a presentar mis respetos al virrey de Nápoles, el cual le había manifestado que tenía deseos de verme. Cuando llegué ante Su Excelencia, me acogió muy favorablemente; y mientras así estábamos, los ojos de Su Excelencia fueron a parar al mencionado diamante. Me pidió que se lo enseñara y dijo que en el caso de que quisiera privarme de él, no se lo ofreciera a nadie más que a él. Entonces yo tomé de nuevo el diamante y se lo entregué

a Su Excelencia, y le dije que tanto el diamante como yo estábamos a su disposición. Entonces él dijo que el diamante le gustaba mucho, pero que le gustaría mucho más que yo me quedara a su lado; que me ofrecería tales condiciones que yo le alabaría. Intercambiamos palabras muy corteses, pero llegados luego a los méritos del diamante, Su Excelencia me pidió que le dijera cuál era su precio, el que de verdad creyera, con una sola palabra; a lo que yo dije que su justo precio era de doscientos escudos. A ello dijo Su Excelencia que le parecía que no me había apartado de lo justo; pero por estar engastado por mis manos, siendo yo el primer artífice del mundo, si lo hubiera engastado otro no conseguiría aquella excelencia que mostraba. Entonces le dije que el diamante no estaba engastado de mi mano y que no estaba bien engastado; y que lo que él hacía lo hacía a causa de su propia bondad; pero que si yo se lo engastaba, mejoraría todavía mucho más. Y poniendo la uña del pulgar en los filetes del diamante, lo saqué del anillo; lo limpié y se lo entregué al virrey, el cual, satisfecho y maravillado, me hizo una cédula para que me fueran pagados los doscientos escudos que había pedido. Al regreso a mi alojamiento, hallé unas cartas que venían del cardenal de Medici en las cuales me decía que regresara a Roma con gran premura, y apenas llegara fuera a descabargar a casa de Su Señoría Reverendísima. Leí la carta a mi Angélica, la cual con amorosas lágrimas me rogaba que me quedara en Nápoles o que me la llevara conmigo. A lo cual yo dije que si quería venirse conmigo, le dejaría en custodia aquellos doscientos ducados que había recibido del virrey. Viéndonos la madre al hacer estos últimos razonamientos, se acercó a nosotros y me dijo: «Benvenuto, si quieres llevarte a mi Angélica a Roma, déjame quince ducados para que pueda partir y luego yo también iré allí». Le dije a la vieja embrollona que le dejaría de buena gana treinta con tal de que aceptara darme a mi Angélica. Habiéndonos puesto de acuerdo, Angélica me rogó que le comprase un vestido

de terciopelo negro, porque en Nápoles estaban a buen precio. Todo lo acepté; y tras mandar por el terciopelo, hecho el trato y todo, la vieja, que pensó que me tenía sorbido el seso, me pidió un vestido de paño fino para ella y muchos otros gastos para sus hijos, y muchos más dineros de los que le había ofrecido. A la cual me dirigí amablemente y le dije: «Querida Beatriz, ¿te basta con lo que te he ofrecido?». Ella dijo que no. Entonces dije que lo que no le bastaba a ella me bastaría a mí; y tras besar a mi Angélica, ella con lágrimas y yo con risa, nos separamos y regresé enseguida a Roma.

LXX

Salí de Nápoles de noche con los dineros encima, para no ser acechado ni asaltado, como es costumbre en Nápoles; cuando llegué a Selciata, con gran astucia y valor corporal me defendí de varios jinetes que me habían asaltado para asesinarme. Al cabo de varios días, después de haber dejado a Solosmeo en sus tareas de Monte Casino, llegué una mañana a la hostería de Anagni para comer. Cerca de la hostería disparé a varios pájaros con mi arcabuz y los maté; pero un hie-rrecillo que había en el gatillo de mi arma me había herido la mano derecha. Aunque la herida no era de importancia, lo parecía bastante a causa de la sangre abundante que me brotaba de la mano. Entré en la hostería, dejé mi caballo en su sitio, subí a una galería donde encontré a muchos gentil-hombres napolitanos que iban a sentarse a la mesa; y con ellos estaba una gentil mujer, joven, la más bella que jamás había visto. Al entrar me acompañaba un bravísimo joven, criado mío, con una partesana en la mano; de manera que nosotros, las armas que llevábamos y la sangre infundieron tanto temor a aquellos pobres gentilhombres, principalmente por ser aquel lugar un nido de asesinos, que se levantaron de la mesa y rogaron a Dios, con gran espanto, que les

ayudase. A los cuales yo les dije, riendo, que Dios los había ayudado y que yo era hombre que los defendería de quien los quisiera atacar; les pedí ayuda para vendarme la mano, y aquella bellísima y gentil señora tomó un pañuelo suyo ricamente bordado de oro y quiso vendármela con él, pero yo no quise; y entonces ella lo rasgó por la mitad y, con grandísima gentileza, me vendó. Ya más relajados todos, comimos muy tranquilamente. Después de comer, montamos a caballo y nos fuimos en compañía. No había desaparecido del todo el miedo, pues aquellos caballeros astutamente me hacían acompañar por aquella gentil señora, quedándose ellos atrás. Y yo, a su altura, cabalgaba en mi hermoso caballito, tras haber hecho señas a mi criado para que estuviera un poco alejado de mí; de manera que nosotros conversábamos sobre aquellas cosas que no vende el boticario¹⁷. Así me encaminé a Roma con el mayor placer que jamás disfruté.

Cuando llegué a Roma fui a descabalar al palacio del cardenal de Medici; allí encontré a Su Señoría Reverendísima, le hablé y le agradecí el haberme hecho regresar. Luego rogué a Su Señoría Reverendísima que me librara de la cárcel y, si le resultaba posible, de la pena pecuniaria. Aquel señor me acogió muy favorablemente; me dijo que no dudase de nada; a continuación se dirigió a un caballero suyo, el cual se llamaba señor Pierantonio Pecci, sienés, encomendándole que de su parte dijese al alguacil que no se atreviera a tocarme. Después le preguntó cómo estaba aquel a quien yo le había dado con la piedra en la cabeza. Dicho señor Pierantonio dijo que estaba mal y que todavía estaría peor, y esto porque se había sabido que yo regresaba a Roma, y él decía que quería morir para perjudicarme. Ante aquellas palabras, el cardenal dijo con gran risa: «Aquél no podía hacer otra cosa para demostrarnos

17. Se trataba, sin duda, de palabras de amor, que son dulces, mientras los boticarios solían vender cosas amargas.

que es hijo de sieneses. —Luego se dirigió a mí, y me dijo: Para tranquilidad nuestra y tuya, ten paciencia tres o cuatro días, y no trabajes en Banchi; después, vas donde quieras y que los locos se mueran como gusten». Me fui a mi casa y me dediqué a terminar la medalla de la cabeza del papa Clemente que ya había comenzado, en la cual hacía un reverso en que figuraba una Paz. Ésta era una jovencita vestida con paños sutilísimos, sucinta, con una pequeña tea en la mano que daba fuego a un montón de armas atadas juntas a modo de trofeo; y también había la pared de un templo en el cual estaba representado el Furor, atado con muchas cadenas; y en torno había un lema que decía: «Clauduntur belli portae»¹⁸. Mientras yo terminaba dicha medalla, aquel a quien había apedreado se había curado, y el Papa no cesaba de preguntar por mí; y como yo evitaba estar alrededor del cardenal de Medici (pues cada vez que estaba frente a él, Su Señoría me encargaba alguna obra de importancia, lo que me impedía terminar mi medalla), ocurrió que el señor Piero Carresecchi, muy favorito del Papa, se ocupó de favorecerme. De muy discreta manera me dijo lo mucho que el Papa deseaba que yo le sirviera. Y le dije que dentro de pocos días le mostraría a Su Santidad que nunca me había apartado de su servicio.

LXXI

Pocos días después, habiendo terminado mi medalla, la acuñé en oro, en plata y en latón. Se la enseñé al señor Piero, quien acto seguido me introdujo a presencia del Papa. Era un día del mes de abril, después de la comida, y hacía buen tiempo; el Papa estaba en el belvedere. Llegado ante Su Santidad, deposité en sus manos las medallas, junto con los

18. «Se cierran las puertas de la guerra.»

moldes de acero. Las tomó y reconoció enseguida la gran fuerza de arte que en ellas había; luego, observando el rostro del señor Piero, dijo: «Los antiguos no estuvieron jamás tan bien servidos de medallas». Mientras él y los demás las contemplaban, ora los moldes, ora las medallas, yo, modestísimamente, empecé a hablar y dije: «Si el poder de mis perversas estrellas no hubiera tenido por encima de ellas una potencia mayor que les hubiera impedido lo que violentamente y en acto me demostraron, Vuestra Santidad sin culpa suya ni mía habría perdido a un servidor fiel y amoroso. Por esto, beatísimo padre, no hay error ninguno, en aquellos actos en que uno se juega la vida, en hacer uso de aquel modo que ciertos pobres hombres sencillos dicen que consiste en pensarlo siete veces para hacerlo sólo una vez. La malvada lengua embustera de un pésimo adversario mío consiguió fácilmente hacer enojar a Vuestra Santidad, hasta el punto de furor que encargasteis al gobernador que, una vez preso, me ahorcase; viendo luego tal inconveniente, pues se hacía un gran daño a sí mismo privándose de un servidor suyo como Vuestra Santidad misma dice que él es, pienso sea cierto que, respecto a Dios y al mundo, después Vuestra Santidad habría tenido no poco remordimiento. Pero los padres buenos y virtuosos, como los amos que también son tales, no deben dejar caer su brazo tan precipitadamente contra sus hijos y servidores, pues tal vez acaezca que el arrepentirse después no sirva de nada. Y visto que Dios ha impedido este maligno curso de las estrellas, y me ha salvado para Vuestra Santidad, para otra vez le ruego que no se enoje tan fácilmente conmigo». El Papa, dejando de contemplar las medallas, me estaba escuchando con gran atención; y como estaban presentes muchos señores de grandísima importancia, el Papa se sonrojó un poco, hizo ademán de avergonzarse y, no sabiendo de qué manera salir de aquel embrollo, dijo que no recordaba haber dado nunca tal orden. Dándome cuenta de aquello, empecé otros razonamientos

para desviar aquella falta que él había demostrado. También Su Santidad comenzó a hablar de las medallas, y me preguntó cómo, siendo tan grandes, las había podido acuñar tan admirablemente, pues nunca había visto medallas antiguas de tamaño tan grande. Sobre aquello se conversó un poco, y él, que tenía miedo de que le soltase otra parrafada peor que la primera, me dijo que las medallas eran bellísimas y que le gustaban mucho, y que habría querido hacer otro reverso con su fantasía, si tales medallas se pudieran acuñar con dos reversos. Yo dije que sí. Entonces Su Santidad me encargó que hiciera la historia de Moisés cuando golpea la tierra y sale agua, con un lema encima que dijera: «Ut bibat populus»¹⁹. Y luego añadió: «Vete, Benvenuto, que no la habrás terminado y ya habré pensado en solucionar tu situación». Y en cuanto me fui, el Papa se jactó en presencia de todos de darme tanto para que yo pudiera vivir ricamente sin tener que trabajar para otros. Trabajé solícitamente para terminar el reverso del Moisés.

LXXII

Entre tanto, el Papa se enfermó; y como los médicos juzgaron que el mal era peligroso, aquel adversario mío, por el miedo que me tenía, encargó a unos soldados napolitanos que me hicieran lo que él temía que yo le hiciera a él. Tuve, pues, muchas dificultades para defender mi pobre vida. Trabajando terminé el reverso completo; se lo llevé al Papa, a quien encontré en la cama en condiciones malísimas. A pesar de esto, me agasajó mucho y quiso ver las medallas y los moldes, y mandó que le trajeran anteojos y luces, pero no conseguía ver nada. Se puso a palparlas un poco con los dedos, dio un gran suspiro y dijo a algunos parientes que se

19. «Para que el pueblo beba» (Éxodo 17:6).

preocupaba por mí, y que si Dios le devolvía la salud, lo arreglaría todo. Al cabo de tres días el Papa murió; y yo, al ver que perdía el fruto de mis fatigas, procuré animarme y me dije a mí mismo que gracias a aquellas medallas me había dado a conocer tanto, y que cualquier Papa que viniera me emplearía, tal vez con mayor fortuna. Así pues, me di ánimos a mí mismo, borrando en todo y por todo las grandes injurias que me había hecho Pompeo; me puse las armas encima y al costado, me fui a San Pedro y besé los pies al Papa difunto no sin derramar lágrimas; luego regresé a Banchi a contemplar la gran confusión que se produjo en tal ocasión. Y mientras me sentaba en Banchi con muchos amigos míos, vino a pasar Pompeo entre diez hombres muy bien armados; y cuando pasó justo enfrente de mí, se detuvo un momento con el ánimo de buscarme las cosquillas. Los que estaban conmigo, jóvenes bravos y decididos, me indicaron que metiera mano a la espada; pero consideré enseguida que si metía mano a la espada, podría provocar un daño terrible a quienes no tenían ninguna culpa; por lo que decidí que lo mejor era que sólo pusiera en peligro mi vida. Transcurrido el tiempo en que se rezan dos avemarías, Pompeo se rió de mí con escarnio; y cuando hubo pasado, también los suyos se echaron a reír meneando la cabeza; y con gestos parecidos hacían muchas bravuconadas. Mis compañeros quisieron zanjar la cuestión; a ellos les dije, airado, que para solucionar mis dificultades era hombre que podía apañármelas solo; que no necesitaba a otros bravos sino a mí solo; que cada cual se ocupara de sus asuntos. Indignados, mis amigos se alejaron de mí refunfuñando. Entre ellos estaba mi amigo más querido, que se llamaba Albertaccio del Bene, hermano carnal de Alejandro y de Albizzo, el cual está hoy en Lyon hecho un ricachón. Albertaccio era el joven más admirable que yo había conocido, y el más animoso, y a mí me quería tanto como a sí mismo. Como él sabía perfectamente que aquel acto de paciencia mía no había sido por pusilanimi-

dad de ánimo, sino por audacísima bravura, pues bien me conocía, contestó a mis palabras y me rogó que le hiciese el gran favor de llamarlo a mi lado para todo lo que me propusiera hacer. A lo que le dije: «Albertaccio mío, queridísimo sobre todos los demás; ya llegará el momento en que podréis prestarme ayuda; pero en este caso, si me queréis de verdad, no os preocupéis por mí y cuidad de vuestros asuntos; y marchaos de aquí enseguida tal como han hecho los demás, porque no hay tiempo que perder». Estas palabras fueron dichas apresuradamente.

LXXIII

Entre tanto, mis enemigos se habían dirigido, a paso lento, desde Banchi hacia la Chiavica, lugar llamado así, y llegaron a un cruce de calles que van en diferentes direcciones; pero la calle en la que estaba la casa de mi enemigo Pompeo era la que va derecha a Campo di Fiore. Por algunas necesidades, el mencionado Pompeo había entrado en casa del boticario, que estaba en la esquina de la Chiavica, y se había entretenido con él por algún asunto. A pesar de que a mí me habían dicho que él se había jactado de la bravata que le parecía que me había hecho, lo cierto es que la suya fue mala suerte, pues apenas llegué a aquella esquina estaba saliendo de casa del boticario, y sus bravos se habían esparcido y lo habían dejado en medio. Metí mano a un pequeño puñalito afilado, y forzando la fila de sus bravos, le eché las manos al pecho con tanta presteza y seguridad de ánimo, que ninguno de aquellos hombres lo pudo evitar. Le tiré para darle en la cara, pero el miedo que le entró le hizo volver el rostro, por lo que le pinché precisamente debajo de la oreja; le di sólo dos golpes y al segundo cayó muerto entre mis manos, lo cual no había sido mi intención; pero como suele decirse, los golpes no se pegan como a uno le da la gana. Tomé el puñal con la

mano izquierda y con la derecha saqué la espada para defender mi vida, mientras todos aquellos bravos se precipitaron hacia el muerto y nada contra mí hicieron; y así, bien solo, me retiré por la calle Julia, pensando dónde me podía poner a salvo. Cuando estaba a trescientos pasos, me alcanzó el Piloto, orfebre, grandísimo amigo mío, el cual me dijo:

—Hermano, visto que el daño ya está hecho, veamos cómo te puedes salvar.

A lo que yo le dije:

—Vayamos a casa de Albertaccio del Bene, ya que hace poco le he dicho que pronto llegaría el tiempo en que tendría necesidad de él.

En cuanto llegamos a casa de Albertaccio, los agasajos fueron muy grandes, y pronto acudió la nobleza de los jóvenes de Banchi de todas las naciones, con excepción de los milaneses; y todos me ofrecieron poner en peligro sus vidas a cambio de la mía. También el señor Luis Rucellai me ofreció que me sirviera de todo lo suyo; así como muchos de aquellos hombres importantes también hicieron lo mismo, y todos, a porfía, me besaban las manos, ya que les parecía que aquel hombre me había ofendido demasiado y se maravillaban de que yo hubiera soportado tanto.

LXXIV

En el mismo instante en que el cardenal Cornaro supo lo ocurrido, me mandó por su cuenta a treinta soldados con muchas partesanas enormes, picas y arcabuces, para que me llevaran a su cámara por lo que pudiera pasar. Acepté la oferta y me fui con ellos, y muchos más jóvenes que los anteriores me hicieron compañía. Entre tanto se enteró aquel señor Traiano, pariente del muerto, primer camarero del Papa, y envió al cardenal de Medici a un gran caballero milanés para que le contara el grave daño que yo había causado

primero que fue atacado por el veneno de aquel aire malo fue el cardenal; al cabo de pocos días fue asaltado por una fiebre pestilencial que en breve tiempo lo mató. El cardenal era el ojo derecho del duque; un joven hermoso y bueno, y su muerte una gran desgracia. Yo dejé pasar algunos días, hasta que creí que se hubieran enjugado las lágrimas; luego me fui a Pisa.

Índice

Prólogo, por Valentí Gómez Oliver	7
---	---

VIDA

LIBRO PRIMERO	31
---------------------	----

LIBRO SEGUNDO	313
---------------------	-----



Orfebre, escultor y grabador, artífice de obras como el magnífico «Perseo» que puede contemplarse en la plaza de la Signoria de Florencia o el célebre y primoroso «salero de Francisco I» hoy en Viena, BENVENUTO CELLINI (1500-1571) fue una figura destacada en una época de titanes: aquel Renacimiento italiano tan espléndido y suntuoso como primario y feroz, que poblaron personalidades como Miguel Ángel y Rafael, papas soberbios y familias legendarias como los Médicis. Hombre de carácter decidido y aventurero, pendenciero e irascible, dejó en su apasionante VIDA un insuperable y vivo retrato de primera mano de un temperamento excepcional en una época excepcional, el Cinquecento, en la que el pleno Renacimiento fue dando paso a una Europa que se adentraba en el Barroco y la Contrarreforma. Episodios memorables como el de los espíritus del Coliseo o la narración del saco de Roma, sus prisiones en el castillo Sant'Angelo, las peripecias por Francia bajo la protección de Francisco I o la desesperada fundición del «Perseo», hacen de esta autobiografía un libro inolvidable y un inmejorable compañero de viaje para todo aquel que quiera evocar siglos más tarde sus andanzas a caballo entre Roma y Florencia.

ISBN 84-206-5832-4



9 788420 658322

El libro de bolsillo

Literatura
Clásicos